

EL CASTIGO DE UN CRIMEN



Por Margarita María Niño Torres

*Esta obra está inspirada en la novela '**Crimen y Castigo**' del autor ruso Fedor Dostoyeski (1821-1881) y presentada por mi para todo público, con algunas variaciones. Los personajes principales son los mismos de la obra original.*

La autora

EL CASTIGO DE UN CRIMEN

ÍNDICE

La familia de Rodia.....	4
Dificultades.....	5
La pobreza que acosa.....	6
Inestabilidad mental.....	8
Marmeladof y familia.....	10
El crimen.....	12
Sonia.....	15
Enfrentar los hechos.....	18
Rasumikhine.....	21
Accidente y muerte de Marmeladof.....	26
Temores y fiebres.....	29
Justificaciones y sospechas.....	30
La visita esperada.....	33
Svidrigailof.....	36
Primera entrevista con Sonia.....	38
Reunión familiar decisiva.....	43
Rodia anuncia que viajará.....	45
El sepelio de Marmeladof.....	47
Declaraciones importantes.....	49
Locura y muerte de Catalina.....	54
Actividades de Svidrigailof.....	57
Rodia se entrega.....	60

Sociedad de tres.....	63
Visita a los huérfanos.....	68
Visita al prisionero.....	71
El juicio y la condena.....	73
Preparando el viaje a Siberia.....	74
El viaje y el destino.....	77
Noticias de la familia.....	80
Fiebres y hospital en Siberia.....	81
Sonia enferma.....	83
Resurrección de Rodia.....	84
El proyecto de lo posible.....	86
Proyecto en marcha.....	88
Noticias de la madre.....	91
Campanas de boda.....	93
Empresa familiar en Siberia.....	94

La familia de Rodia

Su nombre es Rodion Raskolnikof. 'Rodia' es el apelativo que usamos los familiares y amigos. Comenzamos esta historia cuando Rodia, a sus dieciocho años sale de su vivienda familiar en una pequeña aldea rusa y se traslada a Petersburgo con el objetivo de hacerse abogado.

La familia de Rodia pertenecía a la clase culta de la sociedad rural rusa, aunque sus medios económicos eran modestos, muy modestos. El padre había muerto unos años antes. La madre heredó una pensión anual demasiado escasa para sostenerse ella con sus dos hijos: Rodia, el mayor y la hija, Dunia, dos años menor. Completaban sus ingresos con trabajos artesanales de la madre y con el empleo de Dunia como institutriz de los tres hijos de Marfa Petrovna y su marido Svidrigailof, quienes eran dueños de una extensa propiedad rural cercana a la aldea.

Rodia se instaló en Petersburgo en una pensión pobre. Su madre dedicó para ello la mitad de su ingreso anual y en el comienzo de su carrera el joven estudiante, inteligente y deseoso de aprender pronto, empleó la totalidad de su tiempo en estudiar. Además de los cursos de Derecho, se aplicó a aprender el francés y el alemán, para poder leer a los autores.

Durante el primer tiempo en la ciudad, el talante de Rodia siguió siendo el mismo de su infancia y adolescencia: alegre, amable, no demasiado hablador. Le gustaba mucho

jugar a ratos con los niños que vivían cerca quienes sin excepción eran pobres. Un día, estaba Rodia estudiando en su cuarto cuando escuchó gritos de gente que corría por la calle. Salió rápidamente: una casa se incendiaba y un hombre gritaba aterrorizado porque sus dos hijos pequeños estaban adentro. Rodia no perdió un minuto. Entró esquivando las llamas y salió con los dos chicos, cada uno en un brazo. Descargó a los niños que no sufrieron quemaduras y enseguida se echó él mismo al piso para apagar las llamas de su ropa. Cuando, con la ayuda de los vecinos se paró, tenía quemaduras en las piernas y en un hombro. Lo atendieron y cuidaron mujeres del mismo barrio hasta que sanó.

Dificultades

Infortunadamente el dinero de su madre no le alcanzaba para sobrevivir con un mínimo de alimentación y Rodia comenzó a debilitarse. Entonces decidió, como varios de sus compañeros de estudio, dar clases particulares a niños. Un trabajo muy mal pagado y que le tomaba demasiado tiempo. Arrastró esta situación un año, quitando tiempo al sueño para estudiar. Al final estaba realmente débil y sufría de accesos de mal humor motivados por la imposibilidad de avanzar como se había propuesto, hacia el objetivo de terminar e independizarse. Su salud se deslizaba hacia una situación enfermiza constante, en la cual se alternaban crisis de fiebre y de tremendo

desaliento, mezcladas con un orgullo que lo llevó a una situación de rechazo, mal humor y mal trato hacia los que estaban cerca. El orgullo de saberse capaz e inteligente pero frenado por la miseria, lo aislaba y reconcentraba en su propia ira.

Dormía mal, lo acosaban pesadillas terribles y a ratos, durante el día confundía lo que había soñado con lo que realmente sucedía.

Supo por compañeros que vivían situaciones de pobreza similares a la suya, que en los grandes aprietos habían recurrido a préstamos de usureros con las cosas de mayor valor que cada uno tenía. En particular le hablaron de una mujer vieja llamada Alena Ivanovna, quien prestaba dinero inmediatamente, tomando como prenda cosas de valor. Rodia fue con el reloj que era de su padre, el objeto más valioso de la familia y la vieja le prestó seis rublos, a dos años, con un interés mensual altísimo. Con ellos él pudo resolver de momento su situación.

La pobreza que acosa

Pasó el tiempo. Ya casi se cumplían dos años sin que hubiera vuelto a recibir dinero de su madre y no se atrevía a decirle nada pues imaginaba que ella y Dunia estarían tan mal como él. En el último año abandonó el estudio y también las clases que dictaba. Parecía un enfermo mental. Hambriento y vestido de harapos. Se habían acabado los

seis rublos y comenzaba a atrasarse con los intereses. Temía perder el reloj. Ataques de desesperación, más la imposibilidad de dormir, más la ira por verse impedido de avanzar en sus objetivos, le daban un aspecto de loco. A ratos el pensamiento de la vieja usurera quien con todo ese dinero y esas joyas que la gente le dejaba en prenda, vivía tranquila sin ningún escrúpulo de exprimir a pobres como él, lo hacía golpear las paredes como un desesperado. Incapaz de buscar con algo de calma una salida a su situación, vuelve a la casa de la usurera con su anillo, lo único de valor que le quedaba. Le pide tres rublos. La vieja no le ofrece sino uno y medio y descuenta de ahí la primera cuota y lo que le debe de las cuotas atrasadas del reloj. Total deja el anillo y solamente recibe un rublo y dos monedas del mínimo valor a cambio.

En su cabeza trastornada y de nuevo presa de la fiebre, Rodia solo ve una tremenda injusticia. Una maldad de la cual él es víctima. Sin declararlo completamente a sí mismo, Rodia, en una zona subconsciente de su naturaleza decidió matar a la usurera, como un acto de justicia y de liberación. Luego apenas recuperaba su buen juicio, se ponía a temblar y alejaba de su mente ese terrible pensamiento. Hizo durar el rublo un par de meses, pero imposible más. Entonces vuelve el pensamiento negro, él lo rechaza de nuevo y se sacude..., pero el hambre lo acosa.

Inestabilidad mental

Decidió hacer una prueba para apreciar de cerca los detalles de la vida de la mujer. Consiguió un trozo de madera de tamaño apropiado y una placa de hierro para aumentar el peso del objeto que va a presentar a la vieja como una 'pitillera de plata', envuelto de tal forma que ella tenga mucho trabajo para deshacer los nudos. Así él se lo arrebató y le dice que no, que cambió de idea... y que mejor le devuelva también el anillo...

El experimento le permitió ver la llave de la puerta del cuarto, y el tiempo de entrada y salida y el ruido de la búsqueda de la llave del armario..., desde afuera, pues la mujer se encerraba cuando iba a abrir sus tesoros, entonces Rodia, acercándose a la puerta le dijo que no, que se tenía que ir, que volvería después y sin más salió.

Cuando llegó a su casa encontró carta de su madre. La abrió temeroso. Era una larga carta...

En esencia le dice que han tenido grandes problemas porque Dunia perdió su trabajo durante un tiempo largo por razón del acoso del esposo de la señora Marfa . Ella la despidió un día en el cual llegó cuando su marido trataba de impedir a Dunia que saliera corriendo después de las horas de trabajo. Sin preguntar nada, simplemente la echó con palabras fuertes y expresiones de tremenda desconfianza y publicó a voz en cuello entre los vecinos la supuesta inmoralidad de la joven. Pero después sus propios niños tristes por la falta de su institutriz le

contaron cómo su papá molestaba a Dunia y quería que ella los dejara solos para ir a ayudarle a él y ella siempre le dijo que No! y que No!..

En fin Marfa reaccionó, la llamó de nuevo, le pidió perdón y fue por todo el vecindario haciendo saber a todos que la culpa era de su marido y de nadie más. De esa forma habían mejorado las cosas. Pero luego se pusieron mucho mejores porque un señor culto y adinerado, llamado Lujine, pidió en matrimonio a Dunia y ella aceptó.

Luego la carta promete que pronto ella tendrá un préstamo y que le mandará a él la mitad, y la otra para preparar la boda.

Esa carta lo volvió loco. Su amada hermana se estaba vendiendo sin amor para ayudarlo a él, su hermano fracasado, y su pobre madre quería que él lo aceptara. Pero él no iba a permitir ese matrimonio.

Esa noche los sueños fueron oscuros, llenos de cavernas y precipicios, bordeados por montones de basuras... y detrás la voz de sus amadas madre y hermana... Al amanecer tenía fiebre. Se paró y fue a buscar a su amigo Rasumikhine tan pobre como él, pero menos desesperado: este amigo continuaba dando clases y estudiando el tiempo que podía..., mientras que él, Rodia, o andaba vagando o echado sobre el jergón... generalmente airado o con fiebre.

Encontró a Rasumikhine pero enseguida se arrepintió y dió la vuelta. Su amigo lo vio y salió corriendo detrás

hasta que lo alcanzó y lo obligó a parar. Entonces se dio cuenta del mal estado de Rodia y desde ese momento Rasumikhine se dedicó totalmente a tratar de que mejorara. Rodia lo despachó de mal modo, pero el otro le dijo que lo buscaría en su casa al anochecer.

Marmeladof y familia

En su estado, Rodia pasaba de tremendas crisis de ira y rechazo, a extraños períodos de completa calma exterior para hacer lo que su mente tenía planeado: Esa noche conversó con aparente tranquilidad con su amigo y le contó de la carta de la madre y de su oposición al matrimonio que ella le anunciaba. Así se despidieron por las buenas. En la mañana decidió ir esa misma tarde a casa de la usurera. Envolvió de nuevo la 'pitillera', aumentando el número de cordones y de nudos. Con ánimo de tranquilizarse fue caminando hasta una taberna que durante el día funcionaba como cafetería y entró a tomar un te. Un hombre mayor que estaba sentado en una esquina lo miró un momento y luego se levantó y caminó hacia él y le pidió si podía sentarse cerca. Con la venia de Rodia, el hombre que tenía aspecto de funcionario pobretón y borracho, comenzó por decirle que se llamaba Marmeladof, que era funcionario del gobierno pero que pronto perdería el empleo porque no podía superar el vicio. Además dijo que tenía una hija que se llamaba Sonia, de dieciséis años cuya madre había muerto y que él

se había vuelto a casar con una viuda con tres hijos pequeños. Esta última había sido una dama de gran sociedad pero que ahora vivían en una terrible pobreza. Luego, muy cabizbajo, Rodia pudo ver lágrimas que caían sobre el pecho del funcionario, le dijo que su desgracia era terrible. Se sacudió y lo invitó a su casa, solo para presentarle a su esposa, Catalina Ivanovna. Rodia le ofreció un te y prácticamente lo obligó a beberlo y luego salieron.

Solo unos pasos adelante del establecimiento entraron en la casa, caminaron por un corredor estrecho y oscuro hasta la habitación de la familia. El señor Marmeladof abrió la puerta e hizo seña a Rodia para que entrara. Estaban presentes Catalina Ivanovna, la esposa, de unos treinta años mortalmente pálida y detrás de ella tres criaturas: una niña de unos nueve años y dos pequeñitos de dos y cuatro . Todos famélicos y harapientos. Pero limpios. Eso admiró a Rodia. Limpios los niños y sus jirones. Limpia la habitación aunque carente de muebles, limpia la estufa sin nada que pareciera un alimento en vías de preparación.

La señora se acercó, saludó y se disculpó por la falta de sillas, pero dijo que esperaba que el trabajo de su esposo les mejoraría esas condiciones... Rodia la disculpó totalmente, hizo una venia y se despidió, manifestando placer por haberla conocido.

El crimen

En la tarde, después de regresar del paseo que se alargó mientras pensaba en esa familia hambrienta y enferma de Marmeladof y en ese pobre hombre totalmente esclavo de la bebida, Rodia estuvo pendiente del momento en el cual la cocina de su casa estuviera sola. Apenas salió Nastasia, la criada, él entró, buscó el hacha y la tomó prestada. Confiaba traerla antes de que alguien la pudiera necesitar. La colgó de su hombro mediante un nudo corredizo, encima se metió el gabán, se sacudió un poco y salió de la casa.

Así armado, con la supuesta pitillera en su bolsillo, caminó hacia la casa de Alena Ivanovna a buen paso. Su mente sabía lo que tendría que hacer en cada momento. Él no estaba especialmente nervioso. Llegó a la puerta, comenzó a subir la escalera, todo estaba solitario y tranquilo. Al pasar por el tercer piso vio esa puerta abierta y señales de que estaban pintando las paredes, pero nadie a la vista. Subió finalmente hasta el cuarto piso y tocó a la puerta. La usurera misma, como siempre, abrió. Lo dejó entrar y cerró nuevamente.

Rodia, con una apariencia impasible, como si nada le preocupara ni le afanara, le dio el paquete y le dijo que en la última entrevista descubrió que no traía todo el dinero para llevarse el anillo y que por eso prefirió regresar después. Que ahora sí quería hacer un trato.

La usurera tomó el pequeño envoltorio, se inclinó para mirar mejor los nudos, Rodia sacó el hacha, se puso detrás de la mujer y como un autómatas, levantó el hacha con las dos manos y la bajó con fuerza y precisión sobre la nuca que tenía enfrente. Alena cayó muerta en el mismo momento.

Rodia aseguró el pestillo interior de la puerta de entrada. Luego buscó la llave del cuarto y la llave del armario y al abrirlo encontró paquetes de joyas y objetos en prenda, se agachó y cortó un cordón que ella tenía al cuello del cual colgaba una pequeña bolsa. Acomodó todo en sus bolsillos interiores, volvió a guardarse el hacha después de limpiarla contra la ropa de la muerta y se dispuso a salir. En ese momento escuchó a los pintores del tercer piso que subían la escalera y llegaban hasta la puerta. Ellos golpearon y forcejearon pero como nadie abrió, se devolvieron. Entonces Rodia escuchó que decían que mejor bajar a ver si la vieja estaba en la calle, y efectivamente comenzaron a bajar. Rápidamente Rodia retiró el pestillo, abrió la puerta, salió y la cerró desde afuera. Cuando comenzaba a bajar la escalera, oyó de nuevo a los pintores que subían. Se quedó helado, pero un rumor de varios que entraban de la calle demoraron a los pintores quienes no siguieron subiendo. Rodia bajó el primer tramo, se metió en la habitación que estaban pintando y se escondió en una esquina. Luego oyó que toda la gente se devolvía hacia la calle, entonces él bajó. Cuando iba por el segundo piso volvían a subir varios. Él

hizo ademán como si acabara de salir de ese apartamento y bajó tranquilamente mientras cinco o seis subían sin mirarlo.

Salió a la calle y enseguida giró hacia la izquierda y caminó a buen paso hasta la primera callejuela. Entró en ella, avanzó dos pasos, miró de reojo, escuchó el silencio y echó a correr. Al llegar al otro extremo sin que nadie apareciera, se sintió totalmente libre. Avanzó a paso normal por las calles conocidas en dirección a su domicilio.

Llegó a la casa, se asomó a la cocina que continuaba sola, volvió el hacha al lugar de donde la había tomado prestada y se metió en su cuarto. Buscó un espacio de la pared que tenía el empapelado flojo y abultado, abrió un agujero en el papel y por ahí fue dejando caer uno a uno todos los paquetes y la bolsita que había tomado en casa de la prestamista. Luego disimuló el orificio, amontonó más desorden sobre el piso en ese lugar y se retiró. Antes de salir miró hacia el escondite y vio que no se notaba el mayor bulto que podía hacer su botín entre el desastre de las paredes y el desorden general.

Se sacudió un poco y salió a la calle. Acaba de comenzar su camino cuando se detuvo para escuchar las campanadas que en ese momento empezaban a marcar la hora: Eran las seis de la tarde.

Sonia

Pasada la ejecución del plan que su mente había elaborado en períodos de tiempo separados y dentro de una zona oscura de su personalidad, Rodia, ubicado nuevamente en su vida real, pensó en la familia que había conocido esa misma mañana: Marmeladof le había hablado de una hija de dieciséis años, Sonia, quien evidentemente no estaba en la casa en el momento de la visita. Entonces se propuso saber algo sobre ella. Recordó la cara de Catalina, la madrastra: ojos brillantes que, no obstante la fiebre, miraban con inteligencia y tristeza, modales educados, debilidad extrema muy seguramente acompañada de una avanzada tuberculosis... y un orgullo de mujer aristocrática y frustrada que él, Rodia, comprendía perfectamente.

Sin más, aunque lamentando no tener ni un céntimo para comprar alguna golosina para los niños, buscó la casa y golpeó en la puerta de la habitación. Le preguntaría directamente a Catalina por Sonia.

Fue muy fácil. Inmediatamente, en cuanto comenzaron a hablar supieron, sin necesidad de nombrarlos, que sus infortunios eran similares. Los niños estaban relativamente tranquilos. Igual que en la mañana, tenían hambre, vestían los mismos harapos y estaban limpios. El padre regresaría

a las ocho, cuando terminara su día de trabajo. Catalina se aferraba a esa seguridad del trabajo de su marido con más fuerza que un náufrago a un débil tronco. Entonces hablaron de Sonia. La historia que contó Catalina empezó por asegurar que Sonia era un ángel, y luego mezclada con lágrimas, fue la siguiente:

Marmeladof había tenido una primera esposa dulce y buena pero enfermiza. Tenían una vida ordenada y tranquila. Él era un buen esposo y un padre amoroso de su única hija Sonia. Cuando la niña tenía nueve años, la madre murió. El padre cayó en una melancolía tremenda y pasaron cuatro años en los que escasamente trabajaba y pagaba una persona que cuidara y enseñara a Sonia lo que debe aprender una señorita. Y así fue. Luego se conocieron los dos viudos y se casaron creyendo que entre los dos superarían sus respectivas pérdidas. Pero no lo lograron del todo. Marmeladof ya había comenzado a beber y en eso, más la educación de Sonia se iba todo el dinero que ganaba. Lo primero fue suspender a la institutriz de la niña, pero a pesar de su honesta voluntad de asumir el sostenimiento de su nueva esposa y sus hijos, Alexa la mayor, de seis años, el segundo de tres y el pequeño de seis meses, continuaba bebiendo y cayeron en la miseria presente. Él perdió el trabajo. Se metió en deudas y perdieron también los muebles y todo lo que había de valor en esa casa. Sonia vivía con ellos. Durante tres años fue una ayuda inmensa. Cuidaba a los niños como una hermana mayor abnegada, enseñó a leer y a realizar bien

las operaciones básicas a Alexa... Entonces llegó el día en el cual Sonia cumplió los dieciséis. De eso hacía ocho meses. Estaban en un grado terrible de miseria. Ella, Catalina, muy angustiada y ya enferma, comenzó a insinuarle que a esa edad Sonia podría vender su tesoro y ganaría suficiente para todos. Porque los pequeños trabajos de aguja que hacía no daban ni para ella solita. Sin embargo Sonia no se sentía capaz de meterse en ese oficio. Pero los niños lloraban de hambre y Catalina, absolutamente desesperada le insistía..., aquí las lágrimas de Catalina no la dejaban hablar... Se contuvo y continuó el relato: le dijo que una tarde, como dos meses después de cumplidos los años que se exigían como mínimo para entrar en el comercio más antiguo del mundo, Sonia, salió lo más arregladita que pudo y regresó a la madrugada. Sería, cabizbaja y callada avanzó hacia Catalina, puso en sus manos veinte rublos y se acostó llorando... Desde entonces, Sonia venía sosteniendo la casa. Finalmente añadió:

"Pero no puede vivir con nosotros, por ley. Los niños la adoran y yo solo veo en ella un ángel. El padre llora por ella pero no duda en robarnos el dinero que ella trae, cuando me descuido. Tengo que cargarlo siempre conmigo. El nuevo puesto de mi marido va a cumplir un mes. Yo confío en que sea de veras un renacer y que podamos tener una vida y redimir de alguna manera a Sonia. Tal vez sacándola de Petersburgo"...

Rodia se despidió de Catalina agobiado por la tristeza. Pensando en Sonia y su suerte, escogió calles alejadas y solitarias para regresar a su casa. Las lágrimas caían de sus ojos a medio que recordaba algunas partes del relato.

Enfrentar los hechos

Cuando pisaba el umbral de su cuarto recordó sus propios hechos. Se puso a temblar. Había llegado el momento de vivir consciente de esas dos fuerzas que lo habían traído al punto en el cual se encontraba. Tenía que poner conscientemente su esfuerzo en continuar viviendo libre y enfrentar todos los temores para cuidar su libertad. Se sintió aterrorizado. Incapaz de dormir, incapaz de hacer nada útil. Decidió que al amanecer buscaría un escondite para sus tesoros fuera de la casa. No tardarían en venir a revisar todo en ella. Echado sobre el camastro temblaba cada vez que escuchaba pasos en la calle o en la casa. Cuando se alejaban, él se envalentonaba pensando en su inteligencia que le ayudaría a salir airoso..., muy pronto volvía a tener temor, volvía a temblar... así llegó el amanecer y lo encontró afiebrado y famélico. Por suerte la cocinera subió con un caldo. Al ver a Rodia enfermo, le ayudó a tomarlo. Antes de retirarse le aconsejó que se quedara en la cama y descansara hasta que le bajara la fiebre.

Mejorada su energía con el alimento, Rodia estuvo pronto listo para poner por obra su primer trabajo: esconder o incluso desechar lo robado: lo primordial era alejar todo indicio que pudiera comprometerlo.

Fue a la pared y con cuidado sacó los objetos con todo y sus envoltorios y los fue contando y acomodando en los bolsillos de su gabán. Ocho paquetes y la bolsita. Cuando no hubo más, metió la mano hasta el fondo de la bolsa que se había hecho en la pared para estar seguro de que ninguna cosa pequeña, como un anillo o una cadena pudiera haber quedado por ahí. Aplanó un poco el papel contra la pared, movió el desorden del piso por si hubiera algo enredado ahí, revisó el jergón y la sábana y seguro de que no quedaban rastros, salió a la calle. Se encaminó hacia el mercado y el río, porque podría arrojar todo en un punto que tuviera buena profundidad... también pensó que para qué se había tomado todo ese trabajo, si iba a tirar el fruto del mismo, pero su mente confusa daba la preferencia a alejar cualquier cosa que pudiera condenarlo. Solo que el río era inabordable si quería que nadie viera lo que se proponía hacer. Entonces se encaminó hacia calles altas, en donde había casas en medio de montones de piedras y escombros de viejas edificaciones destruidas. Moviéndose por esos lados encontró varios sitios alejados del camino y de las casas, en donde pensó que podría abrir un hueco para enterrarlos. Lo malo era la falta de herramienta. Decidió entonces buscar una piedra grande que pudiera retirar y que dejara un espacio para 'sembrar'

los objetos, cubrirlos con algo de tierra y volverlos a sepultar bajo la piedra.

Al fin se detuvo cerca de un trozo de pared en un espacio deshabitado y lleno de restos de piedras y maderas carcomidas. Contra esa pared había muchas piedras grandes y pequeñas. Escogió una de buen tamaño, se inclinó para abrazarla y retirarla arrastrando con cuidado. Efectivamente, la piedra dejó un espacio cóncavo que él pudo ahondar un poco con las manos. Se paró, dio una vuelta para observar si había posibles visitantes que pudieran seguir sus movimientos y convencido de que ni persona, ni carruaje, ni perro podrían llegar en menos de los diez minutos siguientes, se agachó y con cuidado fue sacando y contando los objetos mientras los metía en el hueco. En cuanto el número se completó, añadió tierra suelta y luego abrazó y empujó de nuevo la piedra para devolverla a su sitio y dejarla en la misma posición que tenía antes. De pie, con la punta de sus zapatos arrimó tierra y piedras pequeñas. Se retiró caminando hacia atrás para borrar cualquier marca que pudiera haber dejado, dio un amplio rodeo y salió por una calle mucho más baja por la cual siguió en dirección al centro. Repasó mentalmente el camino para volver al lugar cuando fuera el momento y enseguida marchó a su casa.

Rasumikhine

El esfuerzo y concentración empleados en la tarea que acababa de realizar ayudaron a Rodia a despejar su mente del temor y la ansiedad. Saludó a Rasumikhine que lo esperaba preocupado por la noticia de la cocinera que lo había visto con fiebre. Rodia lo tranquilizó al respecto y comenzaron a hablar acerca de la próxima llegada de la madre y la hermana. La carta no daba fecha ni hora porque había sido escrita antes de tener los boletos. Así que solamente tenían que esperar.

Rasumikhine tenía algo de dinero y lo invitó a tomar un café en un lugar muy cercano. Quería convencer a su amigo de que se unieran para trabajar en traducción y edición de libros que era un buen negocio porque los autores alemanes e ingleses tenían mucho pedido pero no se conseguían todos los libros en ruso. Le explicó cómo pagaban bien cada página de traducción y, aunque ellos se demoraran un poco y alargaran su tiempo de estudios, de todos modos iban sacando lugar para avanzar en sus propios objetivos y por lo menos ganarían para comer con menos cansancio que el que dejaban las clases particulares.

Rodia atendió y pensó un poco pero su ansiedad volvió y no pudo contestar nada a su amigo. Le dijo que volverían a hablar después de la visita de su madre. Que por el momento le ayudara a pensar el asunto de esa boda y de cómo impedirle, porque no se perdonaría jamás la

infelicidad de su amada Dunetchka, ofrecida en sacrificio por la felicidad de él, su hermano mayor muy querido pero fracasado e inútil.

Cuando regresaron a la casa, un empleado del correo esperaba a Rodia. Traía un recibo que él debía firmar personalmente para entregarle un dinero que le habían enviado. Rodia inicialmente se negó a recibir ese dinero de su madre. Rasumikhine lo convenció de que lo mejor era recibirlo porque qué tal si ellas vinieran ya en camino, ¿quién recibiría el dinero devuelto? Con tan sensata consideración, Rodia firmó el recibo por treinta y cinco rublos. Una vez firmado el comprobante por el destinatario en persona, el empleado le hizo entrega del dinero. Rodia que se sentía tembloroso, recibió el dinero y se estiró sobre la cama. Volvió la fiebre y con ella un sueño intranquilo acompañado de movimientos fuertes y de monosílabos incoherentes. Rasumikhine preparó un te con alguna hierba que Nastasia le proporcionó asegurando que era muy buena para bajar la fiebre y lo llevó para que Rodia tomara poco a poco. Por su parte tomó el dinero que Rodia había dejado sobre la misma cama, separó diez rublos y dejó los veinticinco restantes ordenados sobre la mesa, pisados con uno de los libros. Estaban en esas, cuando Nastasia, se asomó para decirles que un señor buscaba a Rodia. Casi enseguida apareció en la puerta un hombre de unos cuarenta años, muy bien vestido, quien preguntó por Rodion Romanovich Raskolnikov. El joven

Rasumikhine le respondió que era su amigo y que estaba enfermo, señalando con una mirada a Rodia.

El hombre se inclinó cortésmente y se presentó como Piotr Petrovich Lujine. Dijo que lamentaba el hecho de la enfermedad, que esperaba que él hubiera recibido carta de su madre informándole... en esas, sin aparente conexión, Rodia se enderezó y dijo que sí había recibido la carta y que lamentaba que se hubieran tardado tanto en informarle porque él no estaba de acuerdo con ese matrimonio.

Lujine se estremeció y algo acobardado dijo que todo había sido resuelto rápidamente y sin dificultades porque el acuerdo fue expresado sin demasiadas dilaciones por parte de Dunia.

Rodia le dijo que era un aprovechado. Que con cara de misericordioso había propuesto la relación con su hermana y, encima, había tenido el descaro de afirmar que prefería que su esposa no fuera rica, sino que hubiera aprendido las dificultades de la pobreza para que apreciara mejor su suerte en el futuro matrimonio en donde no le faltaría nada ni a ella ni a su madre... y añadió, de sí mismo, no de la carta, que "claro que así ellas estarían siempre en deuda con él y serían prácticamente sus esclavas". Que por su parte él, en su calidad de hermano mayor, se oponía a esa unión si eso tenía algún peso para su hermana. En caso de que ella prefiriera continuar con el supuesto compromiso, él se haría a un lado de la familia por todo el tiempo futuro.

Lujine en tono áspero contestó que eso era tergiversar su buena voluntad y generosa decisión. Hizo una venia y se retiró.

Durante todo el diálogo Rasumikhine permaneció en silencio. Al final, luego de escuchar que la puerta se cerraba después de la salida de Lujine, presionó con afectuosa amistad la mano de Rodia. Le dijo que sin duda todo se arreglaría y que contara con su apoyo incondicional.

Gracias a la tisana y sobre todo al afecto de su amigo, Rodia se volvió a dormir, esta vez más tranquilo. Rasumikhine salió, llevando uno de los zapatos de Rodia bajo el brazo.

La mañana siguiente encontró al enfermo con mejor aspecto. Nastasia le ofreció un desayuno más sustancioso y le ayudó a tomarlo. Poco después apareció Rasumikhine con un paquete bajo el brazo: Había comprado ropa para Rodia en una venta de ropa usada que él conocía y que utilizaba cuando se veía forzado a reponer alguna pieza. Fue sacando camisa, pantalón, ropa interior, chaleco y una chaqueta corta. También le compró zapatos del tamaño preciso, en buen estado, que para eso había llevado el zapato viejo, y calcetines. Todo por ocho rublos. Observó los billetes que seguían en el lugar en donde él los había dejado, pero dejó del otro lado, que le quedaba más próximo en ese momento, los dos rublos de sobra de los diez que había tomado. Recomendó a Nastasia que le

subiera agua caliente para que se pudiera bañar antes de vestir las nuevas prendas. Luego se despidió prometiendo que volvería en la tarde y recomendando a Rodia que se cuidara.

Rodia se lavó bien y luego se vistió sintiendo un gusto muy antiguo, lleno de recuerdos familiares, con la ropa limpia. Se calzó. Alisó su cabello y barba y salió llevando en el bolsillo los veinticinco rublos.

Resulta importante establecer las posiciones relativas de los lugares en donde habitaban los principales personajes de esta historia: En el centro de la ciudad, cerca del mercado y de algunas tabernas de muy baja categoría, estaba la casa cuyas piezas en arriendo cobijaban a seis o siete familias, una de las cuales era la familia de Marmeladof. Sobre la misma calle pero en el lado opuesto, en una casa de dos pisos vivía Lebeziatnikof, exactamene al frente de la casa de arriendos, y con él, en su propia casa, se hospedaba Lujine que había sido su maestro.

Sonia vivía en una pieza de arriendo en casa de un sastre tuerto y su familia, a un par de cuadras de la edificación en donde habitaba Marmeladof. En esa casa, además de la que ocupaba Sonia había otros tres o cuatro cuartos para arrendar. Las separaciones interiores de tales cuartos entre sí eran simples tabiques muy delgados, de modo que todo lo que se dijera en uno de ellos, se podía escuchar en el

siguiente. La puerta del cuarto de Sonia era la primera sobre el estrecho corredor, después de la puerta de entrada.

Rodia vivía alejado del mercado, en una casa de arriendos similar a las anteriores. La diferencia fundamental estaba en que el arriendo de Rodia incluía algo de alimentación.

Rasumikhine ocupaba un lugar en una casa ocupada por estudiantes pobres, en otra dirección no muy próxima a ninguno de los anteriores pero sí a un hotel de ínfima calidad en donde se hospedaron la madre y la hermana de Rodia, gracias a las gestiones del ex-alumno de Lujine, quien recibió las indicaciones correspondientes de su ex-maestro.

Accidente y muerte de Marmeladof

Así entendido, Rodia se dirigió al mercado tomando para ello un carruaje de servicio público. Antes de llegar a la primera esquina de la plaza no se pudo avanzar más. Otro carruaje atravesado y sus caballos enredados, un hombre tendido en el piso boca abajo con la cabeza que sangraba contra una de las ruedas y el conductor de pie en la calle gritaba ¡Dios mío!, ¡Dios mío!, señor, señor, ¿por qué se metió debajo de los caballos?... ¡Esto es terrible! quién es este hombre que se metió borracho, aunque yo le grité muchísimo, pero los caballos no frenaron aunque yo traté de parar ahí mismo!... Rodia se acercó y por la figura supo quién era el accidentado. Dijo entonces que él lo conocía,

que vivía en la calle siguiente. Que alguien fuera a llamar a la esposa. El señor se llamaba Marmeladof y era funcionario público. Un chico fue enseguida y a los cinco minutos llegó Catalina. Entonces, con una exclamación moderada reconoció a su esposo, trató de hablarle y pidió a quienes pudieran ayudarlo para llevarlo hasta la casa, con cuidado. Rodia dijo que buscaran un médico, que él pagaría. Catalina llamó a Alexa y le dijo que fuera a la casa de Sonia y la llamara urgentemente. Entre cuatro improvisaron una camilla y acomodaban al herido que, según se veía, estaba muriendo. Sonia llegó corriendo y se acercó a su padre llorando. Él alcanzó a decirle claramente: "Sonia, Sonia, ¡perdóname!, ¡perdóname!" y expiró. Catalina exclamó en voz alta como histérica: ¡¿Ahora qué haré?! y enseguida llorando a gritos habló de que no tenían ni una moneda para el entierro... en ese momento Lujine y Lebeziatnikof llegaron atraídos por el griterío, Rodia no se dio cuenta de tal hecho y estaba cerca de Catalina diciéndole que no se preocupara por el entierro, que él lo pagaría. Allí mismo metió la mano al bolsillo y sacó todo el dinero que llevaba y se lo entregó. Los presentes vieron claramente los veinticinco rublos y escucharon decir a Rodia: "Tómelo para que pueda enterrar a su esposo". Luego le apretó la mano y se retiró por el lado opuesto al de la llegada de nuevos espectadores.

Otra vez en su casa recapacitó en que debía haber guardado un billete al menos. De los treinta y cinco que

llegaron le quedaban dos rublos y la ropa que llevaba puesta. Pensó en lo que venía viviendo antes de la llegada de ese dinero y se conformó. No pensó en lo que había guardado debajo de una piedra... No. Eso en ese momento no era real para él.

Se sentó pensativo en el borde de su cama. Era mediodía. La tragedia que acababa de presenciar ponía punto final a una familia, que casi no existía. ¿Qué podrían hacer Catalina y Sonia? Rodia se estremeció pensando que la carga del sostenimiento de la familia caía toda sobre la pequeña, débil e inocente Sonia. También pensó que por su parte había estado bien darles ese dinero: al menos el entierro no sería la fuente de un sufrimiento terrible de deshonor para ese par de mujeres: el ver que el cuerpo del esposo y padre fuera arrojado a una fosa común sería una carga imposible de llevar para ellas... y Rodia se sintió bien por haber evitado ese desastre. Y el futuro, '¿quién puede saber algo de lo que traerá el futuro?', se dijo con displicencia. De todos modos percibió que había creado un lazo que dulcificaba su mente tan propensa al temor, a la ira, a ese orgullo excesivo de su propio valor. ..

Volvió a sentarse para esperar a Rasumikhine y hablar con él del drama de la mañana y de esas dos mujeres que habían quedado en el límite de la miseria y el desamparo. En el silencio que siguió comenzó a levantarse en su interior una crisis tremenda de ansiedad y temor. ¿Cómo

podría él vivir así, sin nadie con quien compartir tan dura carga?... quizás sería mejor confesar todo y terminar!...

En este punto, por alguna razón desconocida, Rodia vio entre las imágenes a medias reales, a medias imaginarias de sus sueños, la carita de Sonia con su tristeza y humildad. Se sintió mejor. Supo que no estaría solo.

Temores y fiebres

Rasumikhine llegó. Traía noticias: Habían encontrado asesinada a la prestamista y se pensaba que pudo ser un pintor que trabajaba en el tercer piso porque ese pintor había ido a otra prendería a empeñar un par de pendientes del tipo de los que la usurera Alena tomaba como prenda para prestar dinero. El pintor alegaba que los había encontrado en el piso del apartamento que estaban pintando, debajo de un montón de papeles rotos y basura. Por el momento lo habían detenido, aunque sin pruebas suficientes. La investigación a fondo estaba comenzando.

Rodia había palidecido mucho y comenzaron a temblarle los labios mientras su amigo hablaba. Rasumikhine al mirarlo temió que volvieran los estados enfermizos y febriles de los días anteriores a la carta de la madre. Entonces cambiando de tema le preguntó cómo había pasado el día. Rodia le contó del accidente y muerte de Marmeladof, de Sonia, la hija, su juventud su pobreza, su carita pálida y agotada, de las exclamaciones de Catalina,

la esposa, por la miseria en la que se encontraban y también de los veinticinco rublos que él le había dado para el entierro de su esposo. Este dato confirmó a Rasumikhine que Rodia estaba mal de la cabeza. Gastar así el dinero que con tanto esfuerzo la madre le había mandado y que podría ayudarle a vivir mejor varios meses. No le dijo nada al respecto. Rodia seguía hablando sin esperar ningún comentario.

Al final, Rasumikhine lo animó a que se acostara pronto y descansara para que tuviera buena cara cuando llegaran las queridas visitantes al día siguiente. Lo del matrimonio, ya se veía que era cosa muy posible de suspender del todo. Ese Lujine solo tenía apariencia, pero nada de fondo. Se despidieron. Rodia quiso descansar pero volvieron los temores y otra vez esos sueños que parecían reales, y ese temblor cuando pensaba en que lo iban a acorralar y le harían perder su sangre fría y terminarían atándolo en un hueco para toda su vida.

Justificaciones y sospechas

Luego volvía su orgullo a justificarlo. Él solo había cometido un delito menor, no un crimen. Él no era el malvado, malvada era la vieja que se enriquecía y ni siquiera disfrutaba su riqueza. Sólo parecía disfrutar viendo el sufrimiento de sus víctimas. Era la maldad misma, no merecía vivir... este discurso mental de cuya

verdad no dudaba ni un minuto, lo había llevado a matar a la mujer. Ahora tenía a la ley en contra y él padecería el resto de su vida, aislado, mudo, enloqueciendo sin posibilidades de producir nada bueno para nadie... llegaba a un túnel que lo empujaba a la depresión. El orgullo entonces venía en su ayuda para decirle que él, aunque silencioso y mudo, podía construir pensamientos liberadores que mantuvieran su espíritu por encima de la miseria... Luego dormía y los sueños traían fantasmas que se burlaban de él, luego llegaban otros fantasmas amigables que lo defendían... Así cuando llegó el día, estaba exahusto y entonces durmió un par de horas totalmente insensible a todo lo que sucedía a su alrededor. Tanto Nastasia como Rasumikhine al verlo dormir así, tan agotado, lo dejaron quieto y evitaron hacer ruido... no dudaban de que Rodia estaba muy enfermo. Rodia despertó casi al mediodía. Nastasia llegó con algo de desayuno. Rasumikhine ayudó a que comiera y comenzaron a hacer planes relativos a la visita que esperaban. En esas golpearon a la puerta de la calle. Nastasia abrió y enseguida subió para entregar a Rodia un papel que acababan de llegar. Él lo miró y antes de abrirlo se puso mortalmente pálido. Rasumikhine le arrebató el papel y leyó que venía de la Comisaría, de parte del Juez de Instrucción.

Levantó la mirada y aunque su amigo seguía muy pálido, Rasumikhine le habló muy calmadamente, sin darle importancia al asunto, que sin duda eran procedimientos

de rutina relativos al asesinato de la usurera. Seguramente estaban llamando a todos los que habían empeñado algún objeto en esa casa. En ese momento Rodia recordó el reloj de su padre y el anillo, cosas que él había entregado a cambio de unos pocos rublos y que no había vuelto a ver. Se tranquilizó un poco y confirmó a su amigo que efectivamente él había sido cliente de la vieja y que, de alguna manera le alegraba tener la oportunidad de preguntar si se podrían salvar los objetos, sobre todo el reloj, que era un tesoro para su madre. Entonces le pidió que esperara ahí por si su familia llegaba antes de que él regresara, pues quería salir de ese asunto de policía para estar libre el mayor tiempo posible.

En la calle, camino de la Comisaría que era un edificio cercano al mercado y por tanto a la habitación de la familia Marmeladof, Rodia volvió a pensar en Sonia y en lo que serían esos días para ella. En la Comisaría fue interrogado con muchas preguntas en torno a sus relaciones con la prestamista Alena Ivanovna. Llegó el momento en que creyó que le estaban poniendo trampas y de ahí en adelante tuvo que hacerse una tremenda violencia para no explotar de ira y para no delatarse. Al fin le permitieron retirarse, asegurando que le devolverían los objetos, como a todos los que estaban en la misma situación, cuando el proceso judicial estuviere terminado.

La visita esperada

Cuando salía de la visita al Juez de Instrucción, Rodia vio a la pequeña Alexa que entraba en la taberna preferida de Marmeladof, aquella que en horas diurnas funcionaba como cafetería. Se acercó y esperó a la niña en la puerta. Ella salía con algo de pan y al verlo le sonrió como solo saben hacerlo los niños cuando quieren a alguien y se acercó corriendo mientras extendía los brazos hacia él. Rodia se inclinó, recibió el abrazo y preguntó cómo estaban todos. Ella le dijo que su madre lo mandaba invitar al entierro que era 'pasado mañana' a las 9 en la iglesia de ahí, y señaló la torre, y a la comida que iba a ofrecer en la casa cuando volvieran del cementerio. Que Sonia y ella pensaban ir esa tarde hasta su casa para decirle. Rodia le dijo que no era necesario que fueran y que además casi seguramente él no estaría allá. Que le dijera a su mamá que él le agradecía la invitación y que sin duda iría a acompañarlos. Luego le preguntó en dónde vivía Sonia. La niña le dio las señas 'en secreto'. Él no podía contarle a nadie. Así lo prometió y se despidieron muy amigos.

Regresó luchando contra las imaginaciones de trampas, de apariencias falsas y de disimulos que todo el cuerpo policial tramaba contra él, para obligarlo a quebrantar su reserva y a darles la información que les permitiría encerrarlo y sentenciarlo... pero 'él era más inteligente y no se dejaría atrapar', se repetía para sí mismo.

En este nivel, muy próximo a una crisis de temblores y temores sin control, estaba a punto de llegar a su casa. Se detuvo, respiró, pensó en su infancia y más dueño de sí mismo entró en la casa. Se acercaba a su puerta cuando las oyó hablar. Entonces abrió y los vio a los tres sentados en el borde de la cama.

Saludos efusivos fueron el inicio. Rasumikhine ponía cara de hipnotizado cuando miraba a Dunia. Ella sonriente y linda abrazó a su hermano. Él la vio convertida en una joven de veinte años muy dueña de sí misma, amable y seria. La madre, evidentemente preocupada, miraba a su hijo expresando con certeza que su amado Rodia no estaba bien. Por su parte Rodia reaccionó con cierta brusquedad ante el excesivo interés y las preguntas ininterrumpidas sobre su salud y, lo peor de todo fue que como consecuencia inmediata él resolvió ensimismarse y callar. En esas la madre entregó a Rodia una carta que estaba abierta, diciéndole que la habían encontrado en el cuarto de hotel que el señor Lujine les había reservado, y le pidió que la leyera. Era del propio Lujine e iba dirigida a ella. Rodia miró un gesto de preocupación y desagrado en la cara de su amigo cuando se disponía a leer la carta.

Al terminar, Rodia preguntó a su madre cuál era su pensamiento respecto de las advertencias y acusaciones que en tal carta hacía el hombre. Ella le dijo que quería saber lo sucedido entre ellos antes de hablar al respecto. Rodia brevemente hizo el relato de la conversación del día

tras-anterior. Le dijo que él estaba un poco enfermo pero absolutamente consciente de lo que dijo a Lujine cuando llegó, y lo repitió. También de la recepción posterior de los rublos que ella le había enviado y del buen criterio de Rasumikhine para gastar diez de ellos en comprarle la ropa que llevaba puesta. Luego pasó a contar los sucesos del día anterior relacionados con la muerte de su amigo. La desesperación de su viuda a quien él, Rodia le había entregado los veinticinco rublos de que hablaba la carta, y recalcó que todos los presentes vieron que se los entregó a la viuda para el entierro de su marido, y no a Sonia, la hija del difunto, a quien él veía por primera vez y el señor Lujine mencionaba como 'joven de dudosa conducta', con lo cual dejaba suponer un nexo en contra de él, Rodia, todo lo cual era absolutamente falso. Respecto de la reunión que Lujine fijaba para el siguiente día a las ocho de la tarde, en el hotel en donde se hospedaban su madre y hermana y la condición de que el hijo y hermano 'no estuviera presente', Rodia expresó que ellas debían indicarle si querían o no que él estuviera presente. La madre contestó que a ese respecto Dunia había tomado ya una decisión que se la comunicaría un poco después.

Rasumikhine habló de ir a cenar para que las señoras pudieran descansar pronto, pues el viaje había sido largo e incómodo. Deseaba evitar por ese primer día, que la conversación cayera sobre el espinoso tema del matrimonio. Rodia vio que su madre se apresuraba a meter la carta en su bolso y mostraba voluntad de salir. Fueron

todos a un restaurante sencillo que estaba cerca. Rodia llevaba los dos rublos que le quedaban y que alcanzaron muy bien para pagar la comida. Terminaron, y puesto que ellas preferían irse de una vez al hotel, Rasumikhine se dispuso a acompañarlas dado que su habitación era por el mismo camino, un poco más adelante de la posada donde ellas se hospedaban. Se despidieron cariñosamente, aunque la madre se veía muy tensa, y Rodia regresó a su casa en un talante más o menos neutro. De todos modos muy diferente al Rodia que ella esperaba encontrar.

Svidrigailof

Acababa de entrar a su cuarto cuando escuchó la campanilla en la puerta exterior. Fue él mismo y al abrir se encontró cara a cara con un desconocido. El recién llegado se inclinó brevemente y dijo: Supongo que usted es Rodion, el hermano de Dunia Raskolnikova... Yo soy Svidrigailof... Deseo hablar algo con usted antes de hablar con ella.

Rodia se puso en guardia. Según el informe de la carta de su madre, ese señor había sido el esposo de Marfa Petrovna y se sospechaba que había tenido que ver con la muerte de ella. Sin embargo decidió escucharlo. Le pidió que lo siguiera a su cuarto.

El visitante quería de momento ponerlo en alerta sobre Lujine, el ya comprometido pretendiente de su hermana,

quien era alguien con asuntos antiguos muy turbios pero que presumía mucho de su integridad. También le dijo que su esposa Marfa había dejado en su testamento una suma de tres mil rublos para Dunia, dinero que debería serle entregado en el término de diez días. Finalmente que él Svidrigailof se casaría pronto con una jovencita de la ciudad, pero que antes necesitaba hablar con Dunia. Se abstuvo de comentar sobre el tema de tan necesaria conversación. Dicho esto, se despidió seguro de que volverían a encontrarse. Rodia quedó muy desconfiado de las intenciones del hombre pero seguro de la herencia de los tres mil rublos y eso fue un buen apoyo para su tranquilidad interior que estaba a punto de derrumbarse, sobre todo después de ver a su madre tan asombrada e inquieta al enterarse de que él había gastado de esa forma el dinero que a ella le había costado tanto conseguir prestado...

Rodia se acostó a dormir casi contento por la disminución de la carga económica sobre su espalda... También pensó que quizás Svidrigailof no era tan malvado como otros suponían. Pudo dormir mucho mejor.

En la mañana Dunia llegó a saludar a su hermano. Estaba tranquila y no había en ella ningún síntoma de ansiedad. Rodia la abrazó con mucho afecto y ella le respondió en la misma forma. Sus sentimientos seguían los mismos de toda la vida. Luego Dunia le dijo que había venido a verlo para decirle que por favor estuviera presente en la reunión

de la noche, sin importar lo que Lujine hiciera o dejara de hacer. Ella necesitaba que él, su amado Rodia conociera todos los aspectos de esa relación y le ayudara a tomar la resolución correcta.

Rodia le encareció que tomara ella la decisión por sí misma, que él solamente expondría su punto de vista pero que respetaría la decisión que fuera elegida. Que claro que iría a la reunión y si Rasumikhine lo podía acompañar y ella no se oponía, serían dos. Estarían allá a las ocho en punto y él trataría de portarse bien. Además aprovechó la oportunidad para decirle a Dunia que Rasumikhine era un hombre absolutamente confiable, muy inteligente, que llegaría muy lejos en su carrera, sin dejar de ser jamás un hombre bueno... Quedaron en el acuerdo y Dunia se despidió para volver con su madre y llevarle el informe de la buena cara del enfermo... ambos sonrieron y Dunia salió.

Primera entrevista con Sonia

También Rodia salió un poco después. Quería ver a Sonia y confesarle toda la verdad. Se dejaría dirigir por ella en cuanto a las acciones que debería llevar a cabo.

Era poco después de mediodía. Sonia abrió la puerta y sorprendida preguntó a Rodia cómo había sabido la dirección. Él le dijo que era un secreto entre Alexa y él. Se sentaron a hablar. Rodia preguntó si Sonia había

escuchado de la muerte de una vieja usurera... ella le dijo que sí. Que había oído hablar de eso y que además supo que la mujer no tuvo tiempo ni de darse cuenta de que iba a morir..., enseguida añadió su propio comentario de que eso era un aspecto que mostraba que el que la mató debía ser una persona de buenos sentimientos aunque quién sabe por qué había hecho algo tan malo...

Rodia con apariencia de muy poca energía le preguntó si ella, Sonia, se sentía capaz de ser amiga de ese hombre que había dado muerte a la prestamista, sin tenerle miedo ni despreciarlo. Ella le contestó que sí. Que si él quisiera ser su amigo ella le ayudaría a pagar la pena que sin duda le iban a dar por el crimen cometido.

La conversación continuó así, en el mismo tono gris... Rodia le preguntó que qué pasaría si el hombre no quería confesar y las autoridades no resolvían el misterio... ella inmediatamente le contestó que eso era peor que el castigo porque siempre iba a estar temiendo que lo descubrieran y no se puede vivir siempre con miedo...

Y ella podría ser amiga de ese hombre aunque él no confesara?... continuó Rodia. Ella le dijo que si fuera su amiga le aconsejaría que confesara y le prometería acompañarlo a donde fuera que lo mandaran en castigo...

Rodia entonces cambió el tema al entierro del padre de Sonia y a los preparativos de esa comida... le preguntó que por qué gastaban el dinero en eso, habiendo tantas necesidades en la casa.

Ella le dijo que era el pensamiento de Catalina para quien las costumbres de la gente aristocrática eran muy importantes y así quería actuar y que ella, Sonia, la quería mucho y le ayudaba, pero que pensaba que mejor era guardar algo para después, pero Catalina no quería oír esos consejos, y bueno, la pobre había sufrido tanto... que aunque fuera ese consuelo era algo que le levantaba el ánimo.

Rodia se atrevió a preguntarle cuáles eran los planes para el tiempo que vendría sin Marmeladof en la familia.

Sonia contestó que era un futuro muy pobre el que ella veía, pero que un señor Lujine que se hospedaba en la casa del frente de la de su familia, le había dicho a Catalina que él podría obtener una ayuda del gobierno para ella y que Catalina estaba segura de que eso iba a ser así. Que el día anterior Catalina le había dicho mientras la miraba con ojos brillantes que cuando tuvieran esa ayuda, ella, Sonia, no tendría que trabajar más y buscarían una familia lejos en donde pudiera emplearse como institutriz y olvidar estos tiempos tan malos... Rodia no pudo menos que odiar doblemente a Lujine. ¡Infame y mentiroso!, pero no dijo nada. Además vio claramente que Sonia no se hacía ninguna ilusión al respecto.

Sonia le preguntó con algo de ansiedad si él las acompañaría al día siguiente. Él le aseguró que sí, que lo haría. Sin más se levantó y se despidió, prometiéndole que al día siguiente volvería por la tarde. Luego le dijo que en

la reunión de la mañana, mejor no hablaran nada sino que ella escuchara bien a todos para comentarlo después entre los dos. Que él quería ser su amigo.

Esta conversación había sido escuchada con gran atención por Svidrigailof del otro lado del tabique del cuarto de Sonia, sin que ninguno de los dos hablantes pudiera sospecharlo.

Rodia se fue a su casa, confiando en que Rasumikhine estaría por esos lados. Tenían tiempo para conversar y luego ir juntos a la famosa reunión.

Rasumikhine había pasado, le dijo Nastasia, y dejó dicho que volvería en un rato. De eso hacía tal vez una hora.

Rodia se encerró para pensar en lo hablado con Sonia: ...Quizás la opinión de entregarse que ella veía sin dudar, era más sensata que el empeño de él en no hacerlo por la razón de que ese no era un crimen procedente de maldad sino un esfuerzo por liberarse de una maldad que lo oprimía... ciertamente la ley no lo apoyaría jamás, pero si no llegaban a descubrirlo, el podría alcanzar sus objetivos y servirle a la humanidad... Pero entonces venía el tema del miedo. Su citación a la Comisaría le demostró cómo él estaba completamente indefenso contra el terror de ser atrapado... y si el final tuviera que ser ése, ser atrapado tarde o temprano, entonces, sí, con seguridad lo mejor era dar el paso antes y entregarse y terminar con esa zozobra y ansiedad permanentes...

El ruido de la puerta le avisó de la llegada de su amigo. Salió a recibirlo. Rasumikhine venía de vagar un poco y escuchar opiniones en una y otra parte sobre el paradero del asesino de la usurera. El pintor había sido liberado porque su caso no mostró ningún nexo con el crimen, aparte del hecho de que el asesino se escondió momentáneamente en el cuarto que estaban pintando y ahí se le cayeron los pendientes que más tarde el pintor encontró. De modo que el asesino había salido del apartamento del cuarto piso mientras los pintores del tercer piso estuvieron en la calle. Se interrogó a todos los que respondieron a la solicitud de hacerse presentes si habían llegado en el intervalo de tiempo de los hechos, al lugar en cuestión. Se buscaba a alguien que tuvo que bajar, muy posiblemente cuando otros subían, y todos los interrogatorios iban orientados hacia obtener pistas sobre quién podría haber pasado como si fuera invisible...

Oyendo a su amigo, Rodia volvía a sentirse enfermo. Ciertamente estaba físicamente más fuerte pero el temor lo reducía, lo ataba, lo hacía temblar... Rasumikhine cambió de tema en cuanto notó que aumentaba la palidez de Rodia. Sin explicarse el por qué, Rasumikhine confirmó para sí, que era ese tema preciso 'el asesinato de Alena Ivanovna' el que desataba la enfermedad de Rodia y que esa enfermedad era de carácter mental, sin ninguna duda.

Reunión familiar decisiva

Rodia mismo, para salir de su temor habló a su amigo de su hermana Dunia y le dijo que él, Rodia, le había hablado a ella bien de Rasumikhine y se lo había ponderado como un buen chico, a lo cual el otro reaccionó con gestos de emoción y gusto. Rasumikhine apretó fuertemente la mano de Rodia, sin decirle nada, pero sonriendo ampliamente. Entonces se dispusieron a salir para el hotel. Llegaron a tiempo.

Lujine también llegó. Miró a Rodia y miró a la madre. Insistió en su solicitud de que el hermano de su prometida no asistiera a la reunión y Dunia misma dijo que ella necesitaba que su hermano estuviera presente. Lujine dijo que entre el futuro esposo y el hermano, la precedencia era del futuro esposo y ella lo negó rotundamente. En esto la madre se manifestó completamente solidaria. Lujine entonces aceptó comenzar la reunión. Empezó por decir que deseaba prevenirlas contra el señor Svidrigailof que se encontraba en la ciudad y que buscaría sin duda hablar con su prometida, cosa que era altamente peligrosa. Rodia dijo que Svidrigailof lo había visitado la noche anterior. Todos se pusieron tensos y esperaron. Rodia contó simplemente lo dicho por Svidrigailof: que necesitaba hablar con Dunia, aunque no dijo sobre qué. Que él se iba a casar próximamente y saldría para América inmediatamente después. Que Marfa Petrovna había dejado en su testamento tres mil rublos para Dunia, que debían llegarle

en término de diez días. En este punto la madre lanzó un ¡Ah!, de gusto y Lujine confirmó el hecho como cierto.

Luego vino el asunto del matrimonio. Rodia lo enfocó desde el punto de vista de la conducta miserable de Lujine de exigir que su madre y su hermana aceptaran incondicionalmente las disposiciones de quien se presentaba como un salvador magnánimo, encantado de tener una prometida pobre para que en adelante fuera siempre sumisa... que las hizo viajar a Petersburgo, gastando el dinero que no tenían en un viaje en tren en tercera clase, que ni siquiera fue a recibirlas a la estación y luego las obligó a hospedarse en ese hotel de tan bajo nivel, y todo esto, mirando desde su altura de hombre impecablemente vestido a la moda y supuestamente muy culto... terminó diciendo que él, como hermano mayor y hombre de la familia no daba su consentimiento a ese matrimonio que haría de su hermana una esclava siempre en deuda con el esposo que la compraba de esa forma.

Lujine se llenó de ira y repitió que entre hermano y esposo, el esposo tenía la precedencia.

Dunia le dijo que él todavía no era su esposo. Que en este momento la precedencia la tenía su hermano y que ella la aceptaba y se retiraba del proyecto matrimonial. Además reclamó a Lujine el no haberle dicho nada del legado de Marfa para ella.

Lujine habló de los muchos gastos en los que él había incurrido y la madre de Rodia le preguntó ¿cuáles gastos?. Si todo lo pagamos nosotras.

Entonces el muy ofendido novio, levantando la cabeza dijo que él no rogaba nada a nadie y menos a quien no era capaz de apreciar los verdaderos valores. Sin más salió del lugar dando un portazo.

Rodia anuncia que viajará

Cuando los pasos de Lujine que se alejaba dejaron de escucharse, Rasumikhine habló para proponer que la familia se estableciera en la ciudad. Él conocía un apartamento con tres cuartos, muy bien acondicionado, cerca de ahí, que estaba libre y cuyo arriendo no era excesivo. Se podrían instalar cómodamente en él Rodia y las dos señoras al día siguiente. Dunia enseguida aceptó muy contenta y propuso que mientras llegaba el dinero del testamento de Marfa, ella podría empeñar el reloj que la misma Marfa le había regalado y proceder apenas se pudiera con la instalación. Rasmikhine se ofreció a llevar el reloj con un prestamista serio, conocido de él. La madre dijo que el trato se podía hacer apenas amaneciera porque ella tenía una parte pequeña del último préstamo que había reservado para la compra del ajuar de Dunia. Rodia había permanecido en silencio y se veía turbado mientras ellos hablaban de préstamos. Luego dijo bruscamente que él iba

a viajar y que no viviría con ellas, pero que le parecía perfecto que se quedaran a vivir en Petersburgo. Todos lo miraron con estupor. La madre quiso decirle que no sufriera por haber gastado en una buena obra lo que ella le había enviado... pero no alcanzó a decirlo porque su hijo reaccionó manifestando mal genio y deseo de irse. Les dijo que por el momento no iba a decir nada. Que después les informaría a todos, que por favor lo dejaran solo porque no soportaría escuchar nada más. Sin más salió. La madre guardó silencio mientras pensaba que era por esa muchacha Sonia... que su hijo se iba de la ciudad. No le quedaba ninguna duda. Él la amaba y tenía que sacarla de donde la conocían como una mujerzuela...

Rasumikhine se acercó a ellas y les dijo que Rodia andaba muy raro últimamente, que le subían fiebres y se ponía como si fuera un enfermo mental. Que él estaría pendiente y que ellas no se preocuparan demasiado. 'Sin duda es otra crisis', les aseguró. Luego les dijo que vendría en la mañana, a las nueve, para que fueran a ver el apartamento. Así se despidieron.

'Lo de Rodia es que está enamorado de esa ... Sonia, que es...' Dunia no dejó que su madre terminara la frase y le dijo que no adelantara cosas que no eran seguras. La madre contestó: 'ya verás cómo yo tengo razón', y con un gesto de desagrado y de rechazo, se fue a dormir.

El sepelio de Marmeladof

Cuando Rodia despertó afiebrado después de una noche llena de temblores y sueños terribles, era tarde para llegar al entierro de Marmeladof. Se apresuró para asistir a la colación que Catalina ofrecería. No quería desairar a ninguna de ellas. Llegó cuando Catalina indicaba a los que estaban presentes, los lugares en donde debían sentarse.

Lebeziatnikof en su casa, frente a la casa de arriendos en donde vivía Catalina, esa misma mañana estaba especialmente molesto y aburrido con su ex-maestro Lujine como huésped, quien parecía empeñado congraciarse con los jóvenes que tenían puntos de vista muy divergentes de los de la vieja guardia, pero solo en apariencia porque realmente era muy orgulloso, pagado de sí mismo y despreciativo hacia las ideas nuevas que Lebetzianikof defendía, y a las cuales el gran señor respondía con gesto despectivo. Lujine, por su parte estaba contando un dinero que obtuvo de algún negocio. Repitió varias veces la operación. Finalmente ató la mayor parte de los billetes, los guardó en su equipaje y dejó cuatro sobre la mesa. Tres de cien rublos y uno de diez.

En ese momento comenzaron a escuchar voces y ruido de personas que llegaban para la comida correspondiente. Lujine preguntó a Lebeziatnikof si era a ese ágape al cual él había sido invitado junto con su ex-alumno. Lebetzianikof le contestó afirmativamente en cuanto a la invitación pero añadió que él por principio se oponía a ese

tipo de demostraciones sin sentido y en consecuencia no pensaba asistir. Lujine le dijo que él tampoco estaba interesado en participar. Luego le pidió si podía hacerle el favor de llamar a la hija del difunto, que quería hablarle de un proyecto. Lebeziatnikof bajó enseguida y a los pocos minutos regresó con Sonia. Ella entró con timidez y Lujine la saludó con cortesía y le pidió se sentara en la silla que él puso cerca. Sonia se sentó y quedó exactamente frente a los billetes que él había dejado sobre la mesa. Lujine comenzó por darle sus condolencias y le dijo que lamentaba que estando en tantas necesidades, la señora Catalina hubiera decidido hacer un gasto tan fuerte en esa comida.

Sonia contestó tímidamente que Catalina, su madre adoptiva, quería manifestar así el amor y honrar la memoria de su esposo, y que ella como hija le agradecía, aunque también se daba cuenta de que era un gasto muy grande. Enseguida Sonia se paró para irse pero Lujine la retuvo para decir que estaba pensando en promover una colecta a nombre de Sonia para ayudarles. Que él quería aportar como inicio de tal colecta diez rublos. Tomó el billete correspondiente y se lo entregó. Sonia se lo recibió, lo puso en el bolsillo derecho de su delantal, le agradeció y se paró. Se despidió de Lebeziatnikof que había sido testigo del diálogo completo, agradeció de nuevo a Lujine y se acercó a la puerta. Lujine se adelantó y abrió la puerta para que Sonia pudiera salir, volvió a cerrar y preguntó a Lebeziatnikof si el joven Raskolnikof estaba en la reunión.

Él contestó que sí, que lo había visto cuando fue a buscar a Sonia.

Declaraciones importantes

Los asistentes eran unas veinte personas de muy diversos estratos de pobreza y niveles de cultura. Desde la dueña de la casa, una mujer alemana imponente y despectiva, amiga de Lebeziatnikof hasta desarrapados vecinos de la calle. Catalina hizo sentar a Rodia a su lado derecho; Sonia ocupaba la silla del lado izquierdo. Había buena cantidad de bebidas alcohólicas de variados tipos, de modo que antes de comenzar a comer, la mayor parte de los invitados estaban ebrios y hablaban a gritos. Luego se sirvió el plato con la carne y la verduras y todos lo atacaron como muertos de hambre. Estaban por finalizar cuando apareció Lujine en la puerta. Levantó la voz para pedir atención y muy serio se dirigió a todos por un asunto importante. El ruido fue bajando poco a poco.

Lujine entonces se entonó, pidió disculpas aclarando que el asunto que lo había llevado era muy serio y de importancia para toda la comunidad. Luego que Catalina lo invitó a hablar él se dirigió a Sonia a quien señaló con el dedo, para decir: La señorita Sonia, aquí presente debe responder por un robo que ha sucedido en la casa en donde me hospedo y que solamente hace unos minutos he descubierto. Sonia enseguida, muy pálida gritó. NO, NO,

yo no he robado nada!. Él me mandó llamar y me dió un billete de diez rublos. Aquí está. Lo sacó de su bolsillo derecho y lo arrugó y lo lanzó en la dirección de Lujine. El billete cayó al piso, al pie de la mujer alemana. Ella lo recogió, lo estiró, lo dobló y lo metió en su propio bolsillo a la vista de todos.

Lujine dijo que eso era cierto. Pero que ella había robado un billete de cien rublos que estaba sobre la mesa, porque nadie más había entrado en la casa y él había dejado tres billetes de cien y cuando fue a recogerlos solamente encontró dos.

Catalina se levantó como una furia. Quería abofetear a Lujine. Rodia la sostuvo y le dijo en voz baja que se controlara. Ella gritaba que era infame acusar a Sonia de ladrona. Que era una mentira espantosa. Que esa criatura no tomaba ni un kopek, ni un hilo, ni una aguja, que no fuera suyo.

Lujine dijo que en esa clase de personas no se podía confiar. Que seguramente en la casa de su propio padre ella no se atrevía a robar, pero que... de hecho a él lo acababa de robar. Que era cuestión de llamar a la policía.

En ese momento apareció Lebezanitkof quien permaneció cerca de la puerta detrás de Lujine, mientras observaba el alboroto tremendo en donde muchos gritaban que sí, que llamar a la policía, otros decían cosas ofensivas a Sonia. Catalina gritó que si Sonia había robado algo, tendría que tenerlo con ella, pues había llegado en el momento de

sentarse a la mesa. Ella misma le dijo que se acercara y en presencia de todos metió la mano en el bolsillo derecho de Sonia, lo volvió del revés y no había nada. Luego hizo lo mismo con el izquierdo y al volverlo al revés cayó al piso un rollo pequeño. Todos gritaron. Lujine lo señaló y se agachó para recogerlo. Al estirarlo Rodia vio una mueca de satisfacción en la cara de Lujine al mostrar un billete de cien rublos. Todos gritaron. Se oyeron expresiones muy groseras relativas a Sonia. Catalina estuvo a punto de desmayarse y Sonia solo decía llorando 'NO, NO, NO. yo no lo robé'. Uno de los asistentes habló de ir a traer la policía. Lujine comenzó a decir que mejor no se llamara a la policía, que él quedaba satisfecho con la recuperación de su dinero, que además Sonia era muy joven y podría corregirse,... en esas estaba y todos le oían cuando Lebeziatnikof se adelantó hablando a Lujine en voz alta y fuerte mientras lo señalaba despectivamente: ¡Miserable!, ¡Falso!, usted es un hombre despreciable. Y luego explicó a todos:

'Llamen a la Policía y yo doy juramento de lo que vi: Este señor es mi huésped. Él me pidió que viniera a buscar a Sonia antes de la comida. Yo la llevé y me quedé en la puerta de la sala en donde él le entregó los diez rublos y ella los guardó y le agradeció. Luego, mientras ella se despedía de mi, observé que Lujine doblaba con cuidado uno de los otros billetes y lo encerraba en su mano derecha. Cuando ella salía, Lujine, para poder abrir la puerta, pasó lo que tenía en la mano derecha a la

izquierda. Permaneciendo a la espalda de Sonia, abrió la puerta con la mano derecha mientras con la izquierda metía el billete doblado en el bolsillo izquierdo de Sonia sin que ella se diera cuenta.

Yo creía que lo hacía por religión o algo así, eso de que 'tu mano derecha no sepa lo que hace tu izquierda'. Como yo estoy en contra de esas beneficencias comprendí que él no quería que yo viera su generosidad, pero me vine para advertir a Sonia que llevaba ese dinero, no fuera que lo perdiera al quitarse el delantal, pues ella no sabía que el obsequio había sido mucho más que los diez rublos.

No he hablado antes porque quise entender por qué mi ex-maestro hacía algo así con todo el propósito de desacreditar a Sonia. No lo puedo entender. ¿Por qué hizo eso?

Raskolnikof se levantó y le contestó que él podía explicar el por qué de esa conducta. Que Lujine debía saber que él estaba presente... a lo que Lebeziatnikof afirmó diciendo que Lujine le había preguntado expresamente si Raskolnikov había llegado, después de que Sonia se hubo retirado con los dos billetes, creyendo que solamente llevaba uno.

Entonces Raskolnikov explicó a todos que el señor Lujine pretendía en matrimonio a su hermana y que él como hermano mayor y único hombre de la familia se había opuesto. Que la noche anterior en reunión con todos, su hermana había roto el compromiso porque ese señor no

aceptó que ese hermano mayor pudiera tener razón y lo desacreditó asegurando que ese hermano había donado el dinero para el entierro de su amigo a una joven a quien daba calificativos imperdonables, que era la hija del difunto, siendo que él lo había donado a Catalina como muchos de presentes pudieron ver. Además por la circunstancia de que era la primera vez que él veía a la mencionada señorita. Y esa es la razón del presente engaño: desacreditar a Sonia y de paso al hermano de la prometida que decidió romper el compromiso.

Todos se sacudieron y se abalanzaron sobre Lujine. Él no tuvo más opción que salir cuanto antes y perderse.

Enseguida Catalina enfrentó a la alemana por los diez rublos que se guardó y que eran de Sonia. La alemana no solo no le dio los diez rublos sino que dijo que ella, Sonia, le debía mucho más que eso, pues era ella la que pagaba el arriendo y que esa misma tarde debían irse de su casa. Que se acababa todo contrato y que se fueran rápidamente. Los presentes se agolparon nuevamente, pero divididos. Sonia, viendo que esa pelea iba para largo se separó de Catalina y salió.

Rodia siguió a Sonia. Tenía que hablar con ella.

Llegaron a la casa de Sonia. Ella agradeció a Rodia su defensa y le dijo que no sufriera por lo que la gente dijera de ella, que la gente tenía tan pocas cosas buenas en su vida, que criticar a alguien cercano era para ellos una especie de alivio, pero que no eran malos. No, realmente

no eran malos. Eran ignorantes y un poco tontos y casi todos muy pobres.

Locura y muerte de Catalina

Se habían sentado y Rodia quería hablar de sus graves problemas, cuando alguien tocó a la puerta. Era Lebeziatnikof que venía a llamar a Sonia porque Catalina había enloquecido. Andaba por las calles bailando con los niños y golpeándolos y haciendo música con una sartén y un palo, pretendía que cantaran para que la gente les diera limosna.

Salieron los tres. El tumulto hacía imposible el movimiento del tráfico. Catalina completamente enajenada pedía a gritos misericordia: ¡Que una familia emparentada con la nobleza tuviera que pedir limosna!. ¡Que ese era el estado de las cosas!. ¡Que el General cuando ella fue a pedir ayuda como viuda de un funcionario, no quiso escucharla!... y seguía tratando de que los niños cantaran y bailaran. Alexa pasaba un sombrero viejo para las limosnas...

Catalina corría de un lado para otro, de pronto tropezó con algunas piedras y se cayó. Se veía sangre en su cara. Sonia fue corriendo y la abrazó. Vio que sangraba pero no estaba herida. Era vómito. Se acercaron los gendarmes. Los niños echaron a correr aterrorizados porque los pobrecitos creían que los gendarmes 'se los iban a llevar presos'.

Sonia pidió que le ayudaran a llevar a Catalina a su casa. Dos hombres que estaban cerca la levantaron con cuidado y siguieron a Sonia, quien, al llegar, la hizo recostar sobre su cama y la abrazó mientras lloraba. Catalina preguntaba sin parar por los niños. Los niños entraron con algunas vecinas y se acercaron a besar a su mamá.

Catalina con palabras muy lentas le dijo a Sonia que a ella se los entregaba y sin una palabra ni una mirada más, murió.

Sonia abrazó a los niños y todos cuatro lloraron. En ese momento apareció Svidrigailof y llamó aparte a Rodia. En voz baja le dijo que él se encargaría del entierro y de que los niños tuvieran una buena educación y también de que Sonia abandonara la prostitución. También le comentó que él conocía sus secretos porque, desde el otro lado del tabique estaba el apartamento en donde él se hallaba alojado y había escuchado sus conversaciones con Sonia. Finalmente le prometió que hablarían después y se acercó al grupo de Sonia y los niños.

Rodia se retiró sin decir nada. Salió agobiado con los sucesos del día y como perdido con la última información: 'Svidrigailof estaba en el secreto... cualquier cosa podría pasar!'

Esa misma tarde, Rodia entró en un período de bruma mental.

Después de salir de la casa de Sonia estuvo dando vueltas por calles alejadas hasta cansarse y llegó tarde a su casa. Tembloroso se echó sobre la cama. Despertó a la mañana siguiente en medio de un verdadero delirio de persecución. Se paró y sin más salió, deseando llegar a lugares alejados y solitarios, pero en cuanto entraba en un bosque o subía a una montaña o se paseaba por una calle vacía, inmediatamente percibía que lo vigilaban, que lo seguían.

Los días siguientes fueron oscuros y terribles para él: Aparecía en lugares extraños y no recordaba cómo llegó hasta ellos. Entonces buscaba aglomeraciones, gentío, para no sentir la presencia que lo perseguía cuando estaba solo.

El día del entierro de Catalina se despertó en una isla. Tuvo consciencia de que no llegaría al funeral y se alegró por eso. Sintiéndose mejor se sacudió y tomó con energía un camino para regresar a su casa. Cuando llegó, Nastasia que siempre se preocupaba y guardaba comida lista para él, le sirvió un buen plato que Rodia comió con apetito. Se sintió reconfortado y, bastante tranquilo se tendió en la cama y enseguida se durmió.

Actividades de Svidrigailof

Rodia descansaba calmadamente en su cuarto cuando apareció Rasumikhine. Venía malhumorado y aburrido con la carga que llevaba encima. No comprendía a esas mujeres. Preguntó a Rodia qué había estado haciendo. Sin esperar respuesta le informó que su madre aseguraba que el asunto que mantenía alejado a su hijo era esa muchacha Sonia, sea prometida o amante. Él fue al apartamento de Sonia y se encontró con el ataúd de Catalina en la sala y a Sonia en el cuarto vistiendo a los niños de luto y Rodia por ningún lado. Cuando volvió y le contó, la mamá pareció despreocuparse del asunto con la lógica de que si su hijo tenía ánimos para andar por un lado y otro, su hijo no estaba enfermo. Luego Rasumikhine pasó a hablar a Rodia de una carta que Dunia recibió y que la tenía muy alterada pero ella no quiso decir nada. Él estaba muy aburrido y decidido a perderse para beber en paz.

Rodia le dijo expresamente que Dunia estaba interesada en él. Que no lo dudara ni un minuto. Que ellos hablaron y que él, Rodia le repitió lo que le había dicho antes y agregó nuevos y mejores comentarios sobre la personalidad de su amigo. Rasumikhine se sacudió, palmeó la espalda de su amigo y se fue con muy buen ánimo y sin deseos de beber.

Las cartas eran elementos negativos en los sueños y desvaríos de Rodia. Después de que Rasumikhine lo dejó, él se fue a buscar a Svidrigailof. Caminó en dirección al

mercado. Tenía una profunda desconfianza respecto de lo que ese personaje decidiera hacer. Podría asegurar que, pese a sus afirmaciones en contra, continuaba acechando a Dunia. y que esa carta de la que había hablado Rasumikhine era de él.

Hacia las cinco de la tarde, Rodia vio a Svidrigailof en la ventana de una taberna. Subió. No fue muy larga la conversación porque el otro tenía una cita que no podía aplazar. Rodia intentó seguirlo pero al fin se cansó. Se dirigió entonces a la casa de Sonia. Ella no estaba.

Dunia se cruzó con su hermano sin dejarse ver. Ella llegó al lugar establecido por Svidrigailof en la carta y él la llevó a su apartamento, indicando que formaba parte de misma casa que el que ocupaba Sonia y ella también se dio cuenta de que Sonia no estaba. Svidrigailof entonces le contó todo lo que había escuchado detrás del tabique pero Dunia rechazó con ira esos informes.

Svidrigailof pasó a proponerle sacar a Rodia del país. Que luego se irían él con ella y su madre. Ellos dos se casarían y vivirían todos en América. Ella se negó rotundamente. Se levantó para salir. La puerta estaba con llave. Con mucha ira comenzó a golpear y a llamar a gritos. Svidrigailof le demostró que aunque gritara mucho nadie la iba a escuchar. Estaban solos a cinco cuartos de separación de la familia del sastre en donde todos eran sordos. Dunia entonces se sentó cerca de una mesa, la jaló hacia sí y se arrinconó en el lado opuesto a la posición de

Svidrigailof. Después sacó de su bolso un arma, la apoyó sobre la mesa, apuntó y disparó. La bala rozó la oreja del hombre. Svidrigailof optó por desafiarla, diciéndole que lo intentara otra vez, que no dejara las cosas a medias. Ella que estaba aterrorizada de haber disparado siguió mirándolo con odio. Él, de pronto, decidió dejarla ir. Puso la llave sobre la mesa y la urgió a que saliera. Dunia una vez en la calle echó a correr como loca hacia su casa. Pero lo pensó mejor y se metió en una cafetería para esperar a Sonia. La vio llegar y también vio que Svidrigailof salía de su apartamento y pasaba a ver a Sonia. Esperó un poco. A los cinco minutos Svidrigailof salió y se fue hacia el mercado. Ella salió corriendo hasta la puerta de Sonia y la llamó. Entró y hablaron largo rato.

Svidrigailof había esperado hasta que escuchó a Sonia que regresaba. Entonces, salió, llevando en su gabán el arma que Dunia dejó sobre la mesa y que él había constatado que tenía una bala. Pasó a la casa de Sonia para dejarle los recibos del orfanato y un cheque por tres mil rublos para ella. Ella no quería recibirlo pero él le dijo que los iba a necesitar si es que quería acompañar a Rodia al destierro. Le aconsejó que se los diera a guardar a Rasumikhine. Sin más se despidió porque se iba para América y salió aunque llovía a torres.

Svidrigailof entró en una posada de mala muerte y tomó un cuarto. Se echó a dormir. A la madrugada salió, buscó un poste cerca de una garita de vigilancia, como

precaución para que hubiera un testigo. Escribió en un cuaderno la nota usual de suicidio por propia voluntad y luego se disparó en la sien.

Rodia se entrega

Esa mañana Rodia se paró decidido a entregarse ese mismo día. Después de abandonar a Svidrigailof, había pasado la noche vagando bajo la lluvia, y tuvo un solo sueño corto y atormentado después de llegar a su casa en una condición espantosa, antes del amanecer.

Se levantó hacia las ocho, trató de mejorar su aspecto y salió en dirección a la casa de su madre. Era la primera vez que Rodia entraba en esa casa. Vino a su memoria la imagen de la casa limpia y arreglada de su infancia y se estremeció. Su madre estaba sola. Al verlo se emocionó inmensamente. Luego quiso ofrecerle un café que él no aceptó. Ella dijo que Dunia había salido para hacer una vuelta urgente. Él expresó que había ido a despedirse de ella y que se alegraba de encontrarla. Que esperaba volver antes del viaje, pero que no estaba seguro. La pobre madre quiso ser prudente pero se sentía muy angustiada. Se abrazaron. Al fin él la dejó casi a las malas. Se alejó sin volver a mirar porque le flaqueaban las piernas.

Cuando llegó a su casa encontró que Dunia lo esperaba. Ella le dijo que Svidrigailof le había contado todo. Que ella pasó mucho rato de la noche con Sonia y que las dos

estuvieron esperándolo. Él le dijo que fue a ver a la madre, que solo para despedirse sin decirle para dónde era el viaje.

Finalmente expresó su decisión de entregarse ese mismo día y advirtió a su hermana que quería ir solo. No deseaba abrazos ni nada. Que después, Sonia sería su compañera, su guía y su apoyo aunque él sabía que ella sufriría mucho, pero que ese día deseaba enfrentar 'él solo', las consecuencias de sus actos. Que hablara con Rasumikhine y se dejara conducir por él y entre los dos le presentaran a la madre versiones aceptables para ella, del viaje y trabajo que lo llevaban lejos. También le dijo que él había insinuado a Rasumikhine que ella lo apreciaba especialmente. Le repitió lo de la confiabilidad del amigo, de su inteligencia y de su intachable conducta. Buscó la poca ropa interior que tenía, un libro y su cuaderno con un lápiz y metió todo en un pequeño bolso. Salió.

Rodia se fue a ver a Sonia. Ella entendió inmediatamente la situación. Entonces le pidió que aunque él no tuviera fe, aceptara llevar al cuello una cruz de madera que ella llevaba desde hacía mucho tiempo. Ella usaría una de cobre que había sido de su mamá. Él aceptó y permitió que ella misma se la colgara. Luego al levantarse le dijo que seguramente habría días para visitarlo antes del juicio y del viaje a Siberia. Que tendrían tiempo para pensar en eso. En la puerta le advirtió en un tono seco que no quería a nadie acompañándolo en ese día. Ella se quedó muy

triste cuando Rodia se marchó, esperó a que él doblara la esquina por si en algún momento miraba hacia atrás, cosa que no sucedió.

En la mente de Rodia continuaba la lucha terrible contra la idea de que él era un criminal. Aunque pareciera que se reconocía como tal, él no era un criminal: es más, él estaba seguro de que gracias a su acción, el mundo era un poco mejor sin esa mujer entre los vivos. Solamente iba a entregarse para dar fin a la terrible ansiedad y a las crisis de temor que lo torturaban y, sobre todo porque Sonia, a quien él eligió como guía, le dijo que así debía ser... Caminó sin parar hasta llegar a la Comisaría.

El primer paso que fue el más difícil para Rodia, estuvo dado en un tiempo corto. Una hora después de declararse culpable ante un oficial subalterno que estaba disponible, fue puesto bajo custodia y encerrado temporalmente ahí mismo, en la Comisaría, en una celda disponible para ocasiones similares, mientras llegaban los jefes y asumían el caso.

Sonia llegó a la Comisaría cinco o diez minutos después de que Rodia había entrado en el edificio. Preguntando a empleados que limpiaban, supo en dónde se encontraba él. Ella se mantuvo tan cerca como le fue posible sin dejarse ver, hasta que cerraron la puerta de comunicación. De lejos alcanzó a ver la cabeza de Rodia cuando entraba en la celda. Él solamente percibió su presencia por un instante y, a pesar de su expreso deseo de estar solo que

con tanta dureza le había manifestado al despedirse, en ese momento se sintió confortado por tal demostración de fidelidad que él no merecía.

Sociedad de tres

Al salir de la Comisaría, Sonia se encontró con un grupo de policías y de gente que entraban en tropel. Escuchó el nombre de Svidrigailof y se detuvo. Ahí se enteró del suicidio.

Rápidamente Sonia fue a su casa, recogió los recibos del pago del orfanato de los niños y el cheque de tres mil rublos que le había entregado Svidrigailof la noche anterior. De ahí fue directo a la casa de Dunia, deseando encontrar a alguien que la llamara. Ella no quería ver a la madre porque sentía temor de que le preguntara por Rodia.

Esperó un rato por las cercanías hasta que vio a Rasumikhine que llegaba. Quedaron de acuerdo en encontrarse en la casa de Rodia al mediodía. Nastasia no sabía nada de los sucesos, así que sin duda los dejaría entrar.

Sonia caminó lentamente hasta la casa que había ocupado Rodia los últimos dos años, casa que ella solamente había visto desde afuera. Esperó en la esquina hasta que aparecieron Rasumikhine y Dunia. Nastasia les abrió y los saludó. Rodia había dejado abierta su puerta, de modo que

entraron y se sentaron Dunia y Sonia en el borde de la cama y Rasumikhine en la silla.

Lo primero fue cerciorarse mutuamente de los hechos de Rodia y escuchar el informe de Sonia sobre lo que vio de lejos en la Comisaría. Luego ella les contó del suicidio de Svidrigailof y pasó a darles a conocer la entrevista que él tuvo con ella la noche anterior, antes de la llegada de Dunia. Sacó los recibos y el cheque y se los dio a Rasumikhine para que él le ayudara a utilizar los tres mil rublos, añadiendo que ése fue consejo del donador del dinero y ella los recibió pensando únicamente en que le servirían para ayudar a Rodia. Respecto de los niños, Rasumikhine le devolvió los recibos a Sonia y acordaron que ella y Dunia irían en los días siguientes a verlos. Después se tomarían las opciones que consideraran pertinentes a ese respecto.

En relación con el dinero del cheque de Svidrigailof, Rasumikhine propuso a Sonia que ingresara con mil de esos rublos, como socia de la empresa de edición que ellos estaban a punto de comenzar. Los otros dos mil los guardarían en el banco para ir sacando lo que fuera necesario para todos los gastos antes y durante el viaje, y para el sostenimiento de ellos dos en Siberia. Sonia estuvo totalmente de acuerdo, siempre que el nombre del nuevo socio fuera el de Rodia y no el suyo. A él no le dirían nada, pero a la madre se le podía decir que era un adelanto por el

trabajo que Rodia iba a realizar en esa región alejada a donde viajaría.

Sonia le pidió a Rasumikhine que la primera diligencia que él o Dunia hicieran fuera hablar con la dueña de la casa de Rodia, pagarle lo que él debía y explicarle lo del viaje de más de un año que lo tendría lejos. Además darle una buena propina a Nastasia que se había preocupado por él con bondad durante sus días más malos. Dunia se encargó de hacerlo.

Rasumikhine entregó a Sonia treinta rublos que tenía en su bolsillo, como primer retiro de los dos mil, para los gastos inmediatos que se presentaran. Llevarían una contabilidad rigurosa de todos los egresos. De momento, él se iba a poner desde ese mismo día a seguir el proceso de Rodia en el juzgado y a buscar todas las pruebas que pudieran ayudarle para disminuir el castigo.

Dunia y Rasumikhine mantendrían frente a la madre, una versión profesional del trabajo que haría Rodia en el lugar que la compañía con la cual estaba contratado, señalara como el definitivo.

Con estos planes muy claros, se separaron, quedando en reunirse cada día a esa misma hora en el cuarto de Sonia que era el más cercano al mercado, a la cárcel, a la Comisaría y al juzgado.

Antes de retirarse a descansar Sonia se acercó a la Comisaría. Preguntando con cierto cuidado sobre los

sucesos del día a algunos de los usuales parroquianos que siempre se mueven en esos lugares, se enteró de que un señor se había suicidado a la madrugada, camino de una de las islas y que no había aparecido ningún pariente para reclamar el cuerpo, también de otro que iban a llevar a la cárcel porque los jefes ya habían reunido las pruebas de que fue el autor de un robo de joyas y de un asesinato. El vendedor de cigarrillos que le contó esto último añadió dirigiéndose a Sonia, que si esperaba lo podría ver cuando lo sacaran de la celda provisional. Sonia le agradeció pero dijo que no estaba interesada y se retiró para dar la vuelta y meterse detrás de la edificación del lado opuesto, en donde podría observar sin ser vista. Efectivamente a los diez minutos dos gendarmes se adelantaron para despejar el área, obligando a todos a salir del lugar. Sonia no tuvo que moverse y pudo ver bien el carro con rejas que usaban para esos asuntos, listo para recibir al detenido que debería llevar a la Cárcel. Salieron dos soldados adelante, luego Rodia, con las manos atadas, entre otros dos soldados y finalmente dos soldados más cerrando el cortejo. Los soldados hicieron dos filas cerradas a lado y lado de la puerta del coche y ella vio con nitidez a Rodia que caminaba derecho, serio, mirando hacia el frente sin pestañear, llegar al pie del estribo del vehículo, subir por él, sentarse en el lugar indicado y esperar a que cerraran la puerta de esa celda móvil y arrancaran.

A pesar de las circunstancias, ella percibió que con toda su rigidez y aislamiento, Rodia estaba tranquilo; mucho

mejor que como lo había visto en la mañana al salir de su casa.

Rodia por su parte se sentía ciertamente liberado de un peso. Ya había empezado el movimiento que lo llevaría hasta el final sin permitirle ninguna desviación. Solo tenía que obedecer órdenes sobre lo exterior, y eso era fácil. Estaba decidido a acatar lo que le ordenaran sin objetar nada. En un momento, cuando ya estaba sentado dentro del vehículo, un movimiento entre la gente le permitió percibir la figura de Sonia asomada detrás de una pared. Sintió tristeza por ella. Cuánta soledad la esperaba. Entonces recordó que Dunia había pasado mucho rato con ella la noche anterior y se alivió al pensar que ellas eran amigas. Además había sabido en la comisaría que Svidrigailof se había suicidado, de modo que por ese lado habían terminado los temores. Pensó que definitivamente ese hombre raro y difícil adoraba a Dunia y había preferido la muerte, a la cual temía, a vivir sin ella. Realmente no había sido tan malvado como la gente creía.

El día siguiente Rasumikhine informó a sus socias Dunia y Sonia, que ya estaba iniciado el trámite para juzgar a Rodia. Que en la Comisaría algunos jefes conocidos le habían aconsejado buscar testimonios que se pudieran comprobar, a favor de la conducta de Rodia, sobre todo en materia de ayudar a la gente. Que por el momento solo tenían las declaraciones de él relativas a sus motivaciones para el crimen, identificadas como hambre, miseria,

deseos de estudiar y salir adelante y la consiguiente frustración. También les había dado claramente las señas del lugar en donde escondió lo robado, lugar que fue hallado en el término de media hora. Comprobaron que Rodia no había utilizado ni un kopek de lo que sacó del cuarto de la usurera.

Visita a los huérfanos

Mientras las pesquisas de Rasumikhine avanzaban, Dunia y Sonia fueron a buscar el orfelinato en donde habían sido recibidos los hijos de Catalina a quienes Sonia amaba como sus hermanos menores. Los dineros pagados eran altos. Mucho más que lo usual. La señora dueña del lugar tenía el nombre de Sonia Marmeladova como pariente inmediata de los huérfanos. No tuvo ningún problema en llevarlas para que vieran a los niños. Primero los pequeños, estaban con otros seis de su mismo rango de edad. En cuanto vieron a Sonia, se adelantaron corriendo hacia ella con los brazos abiertos. Sonia los abrazó y los besó y sacó un par de galletas que les llevaba. Los niños estaban mucho mejor de semblante. Sonia les dijo que su acompañante era la tía Dunia, que cuando ella viniera, les contaría cuentos y que ellos podían estar seguros de que esta tía los quería mucho. Cuando Sonia y Dunia se despidieron, los niños se querían ir con ellas. Sonia les dijo que por el momento tenían que esperar porque había que buscar una casa grande para todos. Y, después, todos

con la tía, iban a vivir en esa casa grande. Pero primero tenían que ser juiciosos y aprender bien lo que les enseñaran . Con besos y abrazos Sonia y la tía Dunia los dejaron.

Luego fueron a ver a Alexa. Estaba con niñas grandes en otra casa. Supieron que los chiquitos no se encontraban nunca con su hermanita grande porque no había comunicación permanente entre las dos casas.

Entraron. Alexa vino a saludarlas. Abrazó a Sonia y enseguida comenzó a llorar y a pedirle que se la llevara con ella, que prometía ser obediente... Dunia y Sonia se miraron y decidieron enfrentar el tema con la directora de esa parte del orfanato: Ella, mujer buena pero dura y rígida en cuanto a exigencias y castigos, no podía comprender a Alexa que solo hablaba de su hermana Sonia que la quería tanto y que vendría para llevarla a la casa.

Sonia le preguntó que qué pasaría con el dinero pagado, si ella se llevaba a la niña. La señora contestó que lo del dinero tenía que ser con la dueña. Que por su parte no tendría ninguna objeción de que la sacaran porque Alexa lloraba mucho y eso no era bueno para el grupo. Dejaron a la niña, diciéndole que iban a hablar con la dueña y que volverían. Sonia le recomendó a Alexa en voz baja: 'pide a tu angelito que nos ayude y espéranos', añadió que ellas no se irían sin volver por ella pero que por el momento no dijera nada.

Al salir de esa casa, se pasaron al otro lado de la calle y hablaron un minuto. Dunia dijo que Alexa podría vivir con ellas. Que sería una gran compañía para su madre y que también aprendería lo que ella le podría enseñar. Sonia no tuvo ninguna duda.

De nuevo con la dueña, Sonia le habló directamente de Alexa. De que si ella se la llevaba, ¿le sería posible recuperar alguna parte del dinero que su benefactor había depositado para su educación?

La señora estaba muy al tanto de los inconvenientes que presentaba Alexa en la otra casa y les propuso devolverles mil de los mil quinientos rublos que Svidrigailof había depositado por cada niño. Esto porque ella había hecho contratos y dispuesto de dineros para suplir las carencias de vestidos y de útiles de la niña.

Respecto de los pequeños Lena y Kolia, ellos estaban contentos, no tenían ningún problema y ya amaban a la tía Dunia que vino a visitarlos. Pero si al final del verano del año siguiente, aproximadamente ocho meses más tarde, ellas quisieran llevárselos, deberían avisarle con tiempo para establecer las cuentas y hacer un arreglo justo y claro.

Sonia aceptó inmediatamente y firmó el retiro de la niña y el recibo por los mil rublos que la señora le entregó en diez billetes de cien, en ese mismo momento. Luego, sin llamar de nuevo a los pequeños para que no se alborotaran, prometiendo volver al mes siguiente, se

fueron a recoger a Alexa. La profesora misma le ayudó a hacer una pequeña maleta con la ropa que le habían comprado y un par de cuadernos y lápices para su estudio.

Cuando iban de camino hacia la casa de Sonia, Dunia comentó que ciertamente la dueña y también la maestra eran buenas personas, pero que de todos modos habían hecho un buen negocio: quinientos rublos por cinco días de internado y dos mudas de ropa de una niña de diez años, es un gran negocio. Alexa iba dichosa.

Mientras iban andando Sonia le dijo a Dunia que poco a poco preparara a su madre para recibir a Alexa. Que por el momento se quedaría con ella, pues tenía todo el tiempo disponible.

Visita al prisionero

El tiempo pasaba rápido. Alexa había comprendido bien lo que Sonia y Dunia esperaban de ella y también supo que su amigo Rodia se iba a un viaje largo y que Sonia lo acompañaría. Pero ella se quedaría con la tía Dunia y su mamá, en una casa muy bonita, en donde ella ayudaría y aprendería muchas cosas buenas.

Un día Rasumikhine le dijo a Sonia que el domingo podía visitar durante media hora a Rodia en la cárcel. Le aconsejó que fuera sola por esa primera vez, pero que no se hiciera ilusiones porque el encierro lo tenía un poco

deprimido. De todos modos verla podría ser de mucha ayuda para él.

Sonia fue a la cárcel. La visita se desarrollaba en una pieza de unos cuatro metros de largo por dos y medio de ancho, con una reja de por medio a todo lo largo de la sala. Había un guarda de cada lado de la reja y dos presos más con sus correspondientes visitantes.

Hablaron poco. Rodia le dijo que él la había visto el día que lo sacaron de la Comisaría, desde la jaula en donde lo pusieron. Luego sonriendo le dijo que ella era muy desobediente... pero que gracias. Ella le contó que tenían un buen entendimiento con Dunia y con Rasumikhine. Rodia le dijo que había visto y hablado con Rasumikhine y que estaba de acuerdo. Que él se dejaría llevar y trataría de cumplir. Luego le preguntó si ella seguía pensando en acompañarlo a Siberia. Ella dijo que si, y que no se opusiera porque ella no le obedecería. El sonrió de nuevo. Y por lo demás le contó de la visita a los niños y le dijo que estaban bien. No entró en detalles ni en que Alexa se quedaría en casa de su madre y hermana. En fin, lo bueno, muy bueno era la tranquilidad de Rodia. La ansiedad permanente, los temores y temblores del último tiempo habían desaparecido. Se veía un poco deprimido, como resignado y algo triste, pero nada más. Sonia pensó que en otro espacio, aunque fuera preso, podría reaccionar y tener mejores ánimos. Se terminó la visita y se despidieron

juntando los dedos de una mano de cada uno con la del otro, a través de la reja.

El juicio y la condena

Tres meses después de la entrega voluntaria y encarcelamiento de Rodia, llegó el día de iniciación del juicio.

Rasumikhine las previno en el sentido de que podía ser largo y duro el alegato de la parte oficial demandante y que el mismo Rodia preferiría saber desde antes, que ellas no estarían presentes. Que él les traería noticias cada día y las llevaría para la parte final y el juicio propiamente dicho. Antes de finalizar, no había ninguna posibilidad de acercarse a los acusados. Ellas estuvieron de acuerdo en que seguirían fielmente las instrucciones de Rasumikhine.

El final llegó tres días después. Ellas se sentaron en un lugar no muy llamativo, pero donde pudieran escuchar bien la lectura de todo el proceso, la exposición de las pruebas y la enumeración de los atenuantes a saber: el hecho de la juventud del acusado y la ausencia de delitos anteriores, sus múltiples pruebas de servicio a la comunidad, como el salvamento de dos niños en un incendio con gran riesgo y sufriendo él fuertes quemaduras, la extrema pobreza, el hambre, una propensión a desvaríos mentales agravada por fiebres y debilidad y sobre todo la frustración de no poder continuar

sus estudios para trabajar profesionalmente y salir adelante; también el hecho de entregarse voluntariamente y de informar sobre el lugar en donde había escondido lo robado y el no haber usado ni una moneda de ínfimo valor en su propio provecho, ...

Por todo esto, el juez impone la pena de trabajos forzados en Siberia por ocho años, en lugar de los veinte que se asignan a ese tipo de crímenes cuando no tienen atenuantes. Toda la gente se paró y salió de la sala. Sonia y Dunia lo hicieron igualmente.

Rasumikhine las esperaba en la puerta. Estaba contento. Él esperaba una rebaja de la mitad del tiempo y el juez rebajó dos años más. Les dijo que si querían lo esperaran en la cafetería cercana, que iba a intentar hablar con Rodia.

Media hora después volvió. Expresó con brevedad que Rodia estaba tranquilo. Que le dijo que ocho años era largo tiempo, pero no tanto como veinte. Que el asunto no parecía tan terrible y que quería descansar. Además esa tarde no había visitas. Que esperaría al domingo para verlas a las dos, así fuera quince minutos a cada una y que les mandaba besos.

Preparando el viaje a Siberia

De la cafetería se fueron los tres a la casa de Sonia. Alexa estaba juiciosa y no había salido de acuerdo con las

instrucciones de Sonia. Prepararon algo y comieron. Luego Dunia salió con Alexa a dar un paseíto y Sonia habló a Rasumikhine que no sabía nada de lo que había sucedido con los niños, de la visita que ellas hicieron y de la voluntad de Dunia de traerse a Alexa y de los mil rublos que la señora devolvió y que Sonia extendió enseguida a Rasumikhine para que los guardara con el resto del dinero. Él le recibió ochocientos y le dijo que dejara los restantes para preparar todo lo del viaje a Siberia. Opinó lo mismo que Dunia sobre el negocio de la señora... y se quedó pensando en los chiquitos. Luego le dijo a Sonia, como una confidencia, que si Dunia lo aceptaba y se casaban, podrían llevarse los niños con ellos... Sonia se emocionó hasta las lágrimas. Esos niños eran hermanitos para ella. Tomó una mano de Rasumikhine y la apretó con afecto.

Dos días después se fijó la fecha de salida del convoy para Siberia: Sería el último día del mes de febrero. Faltaban tres semanas.

En la siguiente visita Sonia habló con Rodia y le preguntó qué quería que ella consiguiera antes del viaje. Que lo pensara y le mandara avisar con Rasumikhine. Le cuenta que tiene dinero porque sacaron a Alexa del orfanato y la señora le devolvió mil rublos de los mil quinientos que había pagado Svidrigailof. Que Alexa se iba a quedar con Dunia y su madre. Ya todas lo sabían y estaban de acuerdo. Rodia se alegra por Alexa y por ese dinero que tan providencialmente les llegaba y que le daba a él la

tranquilidad de saber que Sonia no pasaría hambre ni falta de techo en Siberia.

Separadamente Dunia se presentó en la jefatura de policía en calidad de hermana para saber qué podía llevar el preso Rodión Romanovich Raskolnikov a Siberia. Hizo una lista de lo que le dijeron; al final anotó: libros, papel para escribir y lápices y algo de dinero.

Sonia informó a sus dos asociados que Rodia sabía de los mil rublos que le devolvieron en el orfelinato, como el único dinero que ella había recibido y que él se tranquilizó mucho al saberlo. Por el momento ella prefería que ignorara lo referente a otros los tres mil.

Alexa, como hija huérfana de la esposa del padre de Sonia, fue llevada por Dunia a su casa para que conociera a su madre. Estuvieron una tarde juntas y todo transcurrió bien. Dunia dijo claramente a su madre que Sonia iría a ayudar a Rodia, quien ya había viajado, con un contrato de la empresa para trabajar como secretaria y asistente. Que Alexa se quedaría con ellas, si ella, la madre estaba de acuerdo. La señora viendo que todo tenía que ver con el futuro de Rodia aceptó enseguida. Además la niña era muy tranquila y sonriente.

El viaje y el destino

Dos días después, Sonia en su papel de secretaria contratada, fue a despedirse de la madre de Dunia y a dejar a Alexa con ellas. Le había comprado algo más de ropa y unos bonitos zapatos y cintas para el pelo. La niña se quedó muy contenta y prometió que se portaría muy bien.

Llegó el día de la partida. Adelante iría el carro con Rodia y otros tres reos en una celda de barrotes, más dos guardas en el asiento, detrás del conductor. Sonia junto con dos hombres jóvenes que eran hermanos de dos de los otros reos, que iban en plan de conseguir algún trabajo en Siberia y apoyar a sus hermanos, más una familia formada por los padres y un niño de siete años, que vivían por allá, los seguirían en otro carro.

El viaje fue largo porque la nieve seguía obstaculizando el avance, aunque la parte más dura del invierno ya había pasado. Por suerte todos tenían abrigo suficientes. Además, por el camino existían posadas en donde los viajeros encontraban comida caliente y lugares para dormir, incluso una habitación especialmente segura para alojar a los presos.

La llegada final fue un pueblo cuya edificación más grande era la prisión para los que llegaban del resto del país a cumplir una condena de trabajos forzados. Se les llamaba 'los forzados'. Las condiciones para ellos eran muy duras. Todos dormían sobre el piso desnudo de una sala central. Recibían una comida de muy baja calidad y

peor sabor, Trabajaban diez horas diarias en diversos frentes. La mayor parte en arreglo de caminos, que implicaba movimiento de grandes piedras que debían partir a golpes de mazo y luego transportar al sitio en donde las distribuían y las cubrían con tierra. Luego las afirmaban, usando para ellos troncos de árboles con extremos planos: abrazaban y levantaban los troncos verticalmente, para dejarlos caer con fuerza sobre cada palmo del terreno que habían cubierto con la mezcla de piedras y tierra.

Rodia trabajaba duro pero era menos fuerte que la mayor parte de sus compañeros. Hablaba muy poco, incluso con Sonia en los momentos en los cuales ella se acercaba a la entrada y Rodia podía llegar, él decía pocas cosas. Contestaba con monosílabos. Cuando ella le preguntó si tenía alguna carta para su familia dijo que no. Que les escribiera ella. A veces no se acercaba. Solo la miraba desde lejos y se volvía a su lugar de trabajo sin hacer ni una seña. Estaba completamente reconcentrado en sí mismo. Los compañeros no forzaron ninguna conversación sino que se alejaron de él. Prácticamente nadie le hablaba, aparte del guarda que a veces le traía algún alimento especial que Sonia le enviaba. Esos alimentos los tomaba pero sin ninguna manifestación de gusto, ni de agradecimiento, ni de nada. Algunos reclusos manifestaban abierta animadversión contra él. En una ocasión intervino el guardián y evitó que otro golpeará muy fuertemente a Rodia que simplemente escuchaba sus

insultos sin mover ni siquiera los ojos. El otro le llamaba 'señorito' y le decía que los de su clase no usaban hachas para matar, sino pistolas... y se burlaba y lo desafiaba a pelear con él. Como Rodia no reaccionaba, el atacante tomó un palo muy fuerte y lo levantó para golpear a Rodia en la cabeza. En ese momento el guardián sujetó al hombre.

Sonia se presentó ante el director del presidio. Le dio su nombre y le dijo que era la prometida del recluso Rodión Raskolnikof. Que había venido a la prisión porque sus padres habían muerto y ella quiso acompañar a su futuro esposo. Que estaba muy preocupada. El jefe era un hombre serio y seco de buenos modales, tendría cincuenta años. Cuando supo de la salud de Rodia, de sus estados periódicos de debilidad y fiebres, le prometió que trataría de que se le asignaran trabajos menos fuertes. Él no quería tener enfermos en el penal, por causa de sobrecarga de trabajo. Así que Rodia no fue enviado de nuevo al trabajo de partir piedras. Le asignaban trabajos en los campos de cultivo que rodeaban la prisión en donde los forzados limpiaban la tierra, la desmoronaban, preparaban eras para siembras y sembraban dirigidos a veces por campesinos que les explicaban los métodos correspondientes a las diferentes semillas.

Rodia seguía llevando al cuello la pequeña cruz de madera pero su fe era prácticamente inexistente. Los reclusos asistían a los oficios en la iglesia del pueblo. Él iba pero

no participaba en ninguno de los actos. Solo guardaba el mismo silencio y actitud hermética de siempre. Sus más fuertes opositores le llamaban ateo, significando con ello un insulto.

Noticias de la familia

Habían transcurrido cuatro meses. Sonia escribía cartas a Dunia y les contaba a ella y a Rasumikhine el estado real de Rodia. Escribía cartas a la madre y le decía que el comienzo de esa empresa era duro, que su hijo pasaba el día entero concentrado en el trabajo. Que a veces se iba a otras partes por varios días. Para escribir esto, ella asimilaba los días más silenciosos de Rodia como viajes a otros lugares... pues ni más ni menos así lo sentía ella en esos días: él estaba ausente.

Sonia les pedía a todos que le escribieran a Rodia. Que las cartas sin duda le harían bien.

Al final de mayo Dunia y Rasumikhine se habían casado y escribieron para ambos contándoles que había sido una boda sin invitados. Solamente los acompañaron la madre y Alexa. Pero estaban muy contentos. Que ya habían ido al orfanato y en julio les entregarían a los niños. Que negociaron en mil rublos el trabajo realizado por las señoras y que ellas les devolverían dos mil que restaban de la suma depositada por el señor que se había marchado a América (Eso le había dicho Svidrigailof a ellas y también

a Sonia). Que los guardarían mientras llegaba el momento de invertir de acuerdo con los planes que hicieran entre todos.

Después de que Sonia leyó la carta y la llevó a Rodia, él demoró en leerla. A los dos días le comentó simplemente que ya con Dunia casada, había un hombre en la familia para protegerlas. Fue el único comentario y Sonia, en la carta de respuesta, después de felicitarlos y manifestarles su alegría por los niños, lo transmitió tal cual. A la madre le escribió para manifestarle el gusto de saber del matrimonio y para agradecerle el buen trabajo y cariño que le dedicaba a Alexa. La niña le había escrito una bonita carta que demostraba lo adelantada que iba y ella se la contestó en el mismo tono.

Fiebres y hospital en Siberia

El mutismo de Rodia continuaba igual. En junio llegó el calor pero él seguía como un autómatas la jornada de cada día. Así pasaron los meses del verano. En Octubre Rodia comenzó a tener fiebres y temblores pero sin sueños terribles. Llamaron al médico y él ordenó que lo llevaran al hospital. Allí Sonia podía acompañarlo todo el tiempo que ella quisiera. Rodia se agravó, se llegó a temer que moriría. Sonia, llorando escribió una carta. No quería que eso sucediera sin que ellos tuvieran noticias de la enfermedad. Sin embargo dos días después de la peor

crisis, Rodia comenzó a mejorar lentamente. A los ocho días Sonia escribió de nuevo diciendo que ya pronto estaría fuera de peligro, según decía el médico. Rodia debía continuar en el hospital. Pero ya comía mejor y la fiebre no le subía tanto.

En la fiesta de Navidad Sonia obsequió a todos los reclusos, excepto Rodia que seguía hospitalizado, con pasteles de crema y una bebida de frutas servidos por ella en la sala grande de la prisión. Todos le agradecieron y tenían para demostrarle su afecto algunos trabajitos que le habían preparado. En particular, una cruz de veinte centímetros de larga, muy bonita, con un aro para colgarla en la pared. La habían labrado entre varios y también habían grabado el nombre de ella por detrás. Otros habían hecho un estuche de madera para que ella guardara sus cartas. Otros un colgador para su ropa. Todos los trabajos fueron realizados en colaboración, con las escasas herramientas de que podían disponer en pequeños ratos que el guarda les había concedido para ello.

Al final de enero Rodia pudo salir del hospital. Le asignaron un trabajo con otros dos en un lugar aislado, en donde extraían alabastro, siendo ésta una labor relativamente fácil. El lugar era una cueva de piedra no demasiado honda, en medio del campo. Corría una fuente límpida cuyos bordes comenzaban a vestirse de hierbas y de flores silvestres. En la cueva en donde encontraban las blancas piedras de alabastro, los tres reclusos pasaban el

día entero, saliendo solo para recibir la comida del mediodía. Allá llegaba Sonia cada día a llevarle siempre algo especial. A veces él le tomaba la mano, por muy pocos minutos y luego la soltaba. Para ella esos minutos valían mucho más que todos sus sufrimientos y los borraban completamente de su mente. Él continuaba silencioso y abstraído.

Sonia enferma

Un día Rodia recibió la comida con los otros dos. Se la comió automáticamente y se sentó en donde siempre se sentaba, cerca de la fuente. Cuando volvió a la cueva continuó su trabajo y al anochecer se fue a dormir con todos, como siempre... lo mismo sucedió el siguiente y el siguiente y el siguiente día... Al final de la semana Rodia preguntó al guarda si había visto a la mujer que antes venía a traerle comida. Él contestó que la señorita estaba enferma.

Todos los presos miraban a Rodia como aterrados. Todos querían a Sonia porque ella les ayudaba a escribir cartas a sus familias, les compraba lo que ellos le encargaban y le daban el dinero para hacerlo. Ella les arreglaba, cuando se lo pedían, alguna ropa que tuviera un descosido... Entre ellos la llamaban 'la madrecita', y en esos días estaban todos como niños asustados porque la madrecita estaba

enferma. Rodia parecía un autómata, como si no se diera cuenta de nada.

Llegó un día en el que, después de comer, Rodia se sentó en su lugar acostumbrado, el guarda hizo una seña a Sonia para que pasara. Ella traía sopa que dejó sobre un pequeño montículo y se sentó al lado de Rodia quien no se dio cuenta del hecho. Ella con timidez y mucho cuidado tomó la mano de Rodia y estaba lista para soltarla cuando él se volviera. Pero él no se volvió sino que creyó que estaba soñando y apretó la mano de Sonia. Entonces abrió bien los ojos y supo que no era un sueño... Con un impulso súbito, sin soltar la mano de ella, él se puso de rodillas y agachó su cabeza hasta besarle los pies mientras lloraba como nunca lo había hecho desde que era un niño. Ella se inclinó para levantar esa cabeza que estaba a sus pies... ambos se miraron y lloraron. Finalmente se pusieron de pie. Rodia solamente decía 'perdóname', 'perdóname', y ella lloraba de alegría.

Resurrección de Rodia

En ese intervalo de descanso del día del regreso de Sonia después de su enfermedad, Rodia salió repentina y definitivamente de la noche que lo tenía preso. Volvió a sentir el sol y la luz. Él mismo se sintió libre de hablar, de reír, de moverse, de trabajar con ahínco, de hacer amigos con los otros que trabajaban con él. Sonia extendió la

mano para despedirse y él la atrajo hacia sí para abrazarla y besarla con amor, tierno amor, como un niño pequeñito enamorado de su madre. Ella le correspondió y sonrió con la sonrisa más bella que Rodia había visto nunca. Sonia salió apresurada y feliz antes de que llegaran los otros presos y la vieran llorar.

Rodia reparó entonces en la taza con la sopa. Se sentó y comió ávidamente. Lavó la taza en la fuente y retornó al trabajo.

Mientras caminaba hacia la cueva, Rodia sentía la primavera en su interior. Con Sonia viva y a su lado él había retornado a su propio ser anterior a todos los sufrimientos, a su corazón infantil que se alegraba tanto con el sol, con el agua, con las flores... Sonia y él, ambos estaban vivos y vivían cerca. Todo lo demás había desaparecido. Era necesario que él trabajara bien para sostenerla a ella. Era necesario tener amigos...

Así, cuando sus dos compañeros regresaron, se encontraron con un nuevo, completamente nuevo colega y colaborador.

Al día siguiente Rodia pidió papel y lápiz. Escribió a su madre, preguntando antes a Sonia qué le habían dicho a ella de él. Escribió a su hermana. Escribió a Rasumikhine.

Sonia ya había escrito a Dunia contándole de su propia enfermedad y mejoría . La carta estaba lista para llevarla al correo, pero la tarde misma de los hechos, la abrió y le

añadió todo el episodio de lo que ella llamó 'la resurrección de Rodia'. Al final recontando el tiempo escribió: 'Ha pasado un año. Solo faltan siete años'. Rodia tenía en ese momento veinticinco. Sonia expresó su confianza ciega en que a los treinta y dos años, Rodia sería un hombre joven muy preparado para enfrentar grandes proyectos y terminaba su carta preguntando por los sucesos relacionados con el proyecto de una editorial en Siberia.

El abultado paquete de cartas que llegó a la casa de Rasumikhine, los hizo saltar a todos de alegría. La madre besaba la carta de su hijo: seguía siendo el mismo chiquito que ella había criado y que la seguía queriendo igual.

El proyecto de lo posible

Los días que siguieron Rodia comenzó a reconocer el mundo en el cual se encontraba. Comenzó a saber los nombres de sus compañeros, de todos. Comenzó a descubrir en ellos verdaderos hombres que tenían una vida, que tenían sentimientos, que sufrían como él, pero cada uno con sus propias circunstancias. En particular el que había sido compañero de viaje que no tenía ningún familiar cerca... Vasil era un hombre mayor, había dejado a la esposa con un hijo pequeño y otro que nacería pronto. Los ahorros que pudo dejarles eran muy pocos... él, Vasil triste pensaba en ellos. Le había escrito a su esposa Tamila

por medio de Sonia, pero no le había llegado ninguna respuesta... Rodia le pidió las señas de la esposa. Vería si a través de su hermana la podrían contactar.

Poco a poco en el corazón de Rodia fue creciendo un sentimiento de fraternidad real hacia los compañeros y la consciencia de que era ahí, en la convivencia diaria, en donde él tenía que crear los medios para lograr algo que mejorara la propia estimación en todos y en cada uno. Sentía que sus posibilidades de obtener cambios que vinieran de afuera, de las autoridades, eran inexistentes. Pero que todos se sintieran afectivamente involucrados unos con otros en buscar y acentuar lo bueno de la tarea diaria, sin desconocer sus puntos negros y, que todos fueran consecuentemente inspirados en los sueños de una nueva oportunidad para cada uno, era un objetivo realmente posible y había que ponerlo en marcha.

Los momentos de conversación con Sonia se enfocaron en establecer para ellos las bases de todos sus esfuerzos en los siguiente puntos:

- Fundamentar y hacer crecer su amor, el de ellos dos, en la fe y la absoluta confianza mutua.
- Aprovechar toda oportunidad de ayudar, juntos o separados, a alguien en cualquier cosa que pudiera servir para que esa persona levantara su ánimo y creyera más en sí misma y en sus posibilidades.

-Escuchar y tratar de comprender las quejas, las frustraciones y también los sentimientos de ira asociados, sin juzgar a las personas.

Por el momento esas bases parecían formar un piso sólido para construir sobre él una mejor vida afectiva en sus propios corazones, en los de los habitantes de la prisión y también en los de toda la comunidad rural asociada con ella, aunque el plazo para lograrlo fuera muy largo. Para comenzar Rodia le escribió a Dunia hablándole del proyecto que Sonia y él tenían en mente y encargándole buscar a la familia de Vasili. Si la situación era de extrema miseria, que ella buscara la mejor forma de ayudar a la madre con algo de dinero... También le dijo que puesto que tenían ese dinero que Svidrigailof había pagado para el futuro de los niños, bien podían ellos gastar una parte en ayudar a otros niños a crecer... terminaba la carta dejando el asunto al criterio de ella y de su esposo.

Proyecto en marcha

En el esfuerzo de acercarse sinceramente a sus compañeros, Rodia vislumbró rápidamente que muchos presos, sobre todo los más jóvenes, sentían como su mayor miseria, la incapacidad de entender directamente lo que les decían sus familiares en las cartas y la consiguiente incapacidad de escribir por su mano sus propias tristezas, en lugar de confiarlas a un compañero que se enteraba de

ellas por el solo hecho de leerlas para el destinatario o escribirlas en su nombre. Sonia y él decidieron enseñarles a leer como primer paso. Después vendría escribir. Escogieron los cinco más deseosos y comenzaron por dedicar media hora los sábados, después del trabajo. En el primer cuarto de hora Rodia explicaba la parte teórica de cómo identificar las palabras y en el segundo Sonia les mostraba avisos y cortos escritos que había preparado para practicar. También algunos recortes de títulos del periódico. Durante la semana cada alumno buscaba cosas que tuvieran palabras escritas y practicaban. En el primer mes, esos cinco habían aprendido a reconocer más o menos cien palabras escritas. Luego vino reconocer una parte de una palabra que tenía otra parte que no conocían. Esto abrió el panorama para los aprendices que comenzaron a querer saber cómo se veían palabras derivadas o parientes de otras que ellos ya sabían leer. En dos meses, prácticamente sabían leer. Entonces abrían las viejas cartas que ya conocían, de sus parientes o amigos y en ellas descifraban casi todo. Cómo cambiaron sus expresiones y su ánimo, lo expresaba Sonia a Dunia en su carta:... 'sus caras se transforman, miran de frente, caminan con la cabeza erguida...'

El aprendizaje de la escritura tropezó con la torpeza de las manos que no sabían tomar un lápiz y cuando lo tomaban, su piel dura y callosa no les permitía sentirlo entre los dedos. Ellos mismos se ingeniaron para practicar con palos de distintos grosores y tratar de escribir algo en la

tierra. Esa parte la realizaron casi que solos. Sonia solamente los animaba y les mostraba sus errores.

Un análisis al final del primer experimento les mostró lo que se podía lograr cuando la gente estaba motivada.

Dunia por su parte había encontrado a la mujer y los dos hijitos de Vasili. Vivían arrimados con una hermana de Vasili pero el marido estaba desesperado por que se salieran de ahí. Para que se calmaran Dunia le dijo que Vasili le había pedido un préstamo por un tiempo corto para pagarle algo por el lugar, mientras él vería si ellos se podían ir a Siberia a vivir y trabajar cerca del presidio. Le dió un rublo al cuñado y dos en monedas pequeñas a Tamila para que comprara la leche para los niños y algo para ella, mientras Rodia preguntaba a Vasili sobre la idea de que Tamila y los niños vivieran en Siberia, cerca de él, en alguna parte en donde ella pudiera trabajar en el campo. Vasili, con lágrimas de alegría aceptó y prometió pagarles hasta el último centavo cuando él volviera a tener la oportunidad de trabajar ganando un salario.

En el siguiente convoy salieron Tamila y sus hijos para vivir cerca del padre. Ella, campesina de origen, sabía muchas prácticas del trabajo de cultivar y estaba muy deseosa de hacerlo. Llevaban diez rublos para el viaje y un aceptable paquete de ropas y utensilios para instalarse lo más rápido que les fuera posible. Habían pagado cinco rublos al cuñado por el hospedaje y la ayuda. Finalmente se despidieron de la pareja. Todos contentos.

Noticias de la madre

Pasado el verano, Rodia y Sonia recibieron cartas. Rasumikhine escribió haciendo la propuesta de comenzar a buscar un lugar en Siberia en donde pudieran instalarse para abrir una agencia de su empresa de edición y publicaciones. Si todos estaban de acuerdo él iría primero solo para visitar los pueblos cercanos y ver si entre todos podían elegir un lugar. Finalmente decía que Dunia se quedaría en Petersburgo, con su mamá que estaba delicada de salud y los tres niños.

Dunia, por su parte, hablaba en su carta exclusivamente de la salud de su madre. De antiguas dolencias que la aquejaban de una forma mucho más fuerte. De la opinión de los médicos y de los tratamientos que ella seguía sin mucha atención pero cumplidamente. Rodia sacó en conclusión que el problema de su madre era grave: Dunia nunca había gastado tantas palabras para hablar de esos achaques que volvían recurrentemente desde que ellos era niños.

Realmente el caso era muy grave. La madre estaba hospitalizada y segura de que de esa cama no iba a levantarse. El médico dijo que el corazón trabajaba demasiado lentamente. Que debían estar preparados para el desenlace final. Rasumikhine no pensaba viajar antes

del desenlace pero escribió la carta para que quedara en la mente de todos que el proyecto estaba en pie.

Rodia contestó enseguida aceptando la propuesta de Rasumikhine. A su madre le escribió largamente sobre la vida que llevaban los campesinos en esa región en donde él se encontraba. Le habló de que a ella le gustaría estar allá y ver las huertas en primavera y la gente del campo en sus labores. Que se cuidara bien y que rezara por su hijo que la quería mucho. Terminaba pidiendo que le enviara su bendición y que no dejara de pedir a Dios por él, y que le perdonara todas las desobediencias....

La madre lloró al recibir la carta y escuchar de los labios de Dunia su lectura. Al final dijo: 'Dile que le mando mi bendición y que lo esperaré en la casa del Padre Dios. Que estoy bien de ánimo y que no tengo ningún miedo de morir'.

Solo una semana después la buena señora se durmió definitivamente en los brazos de su hija. Había pedido la carta de Rodia y murió con ella en sus manos.

Rodia lloró sobre el hombro de Sonia cuando ella llegó con la misiva. Dunia le aseguraba que el haber recibido esas dos últimas cartas y el hecho de saber que él estaba bien, había dulcificado inmensamente los últimos días de la vida de su madre.

Campanas de boda

Sonia se decidió a buscar al pope de la iglesia cercana. Quería saber si sería posible que él los casara, aunque su prometido no tuviera mucha fe.

El sacerdote, viejo y bondadoso le dijo que sí, que podía casarlos pero que no podía intervenir para que los dejaran vivir juntos. Que a veces se lograban excepciones, pero que no era lo común. Ella le dijo que lo que más deseaba era poder acercarse a él sin el temor de que alguien pensara que no debía hacerlo, especialmente si volvía a enfermarse. Sobre todo, que, en calidad de esposa, ella esperaba tener mayor posibilidad de lograr que su prometido comenzara a creer con verdadera fe en Dios Nuestro Señor.

El curita le prometió hacer una visita al presidio el domingo por la tarde. Allí trataría de hablar con su prometido y si él estaba de acuerdo, los podría casar al siguiente domingo, después de la Misa.

Sonia y Rodia estuvieron de acuerdo en reforzar su compromiso de trabajar por la gente invitando a todos a su matrimonio y ofreciéndoles una sencilla colación al final. Entonces Sonia le propuso que escribiera una carta al Director de la prisión informándole del deseo y voluntad de los dos de contraer matrimonio e invitándolo a la sencilla colación y agradeciendo por adelantado su respuesta.

Todo se realizó según las esperanzas de Sonia. El Director les entregó un oficio de las autoridades superiores en el cual les informaban que reconocían su derecho a contraer matrimonio pero que mientras él estuviera cumpliendo su condena, ellos no podrían vivir permanentemente juntos. Sin embargo, como permiso especial, Rodia tendría la libertad de ir a su casa por veinticuatro horas a partir del sábado siguiente a las ocho de la noche hasta el domingo a la misma hora, y este mismo permiso se extendería por todo el tiempo restante de su condena, al primer sábado de cada mes, siempre y cuando no hubiera motivos en la conducta del prisionero para eliminar tal excepción.

La boda fue un acto familiar y a la vez solemne. Todos los forzados veían en ellos, los frutos de la sinceridad con la cual esa pareja había decidido continuar su vida en Siberia, sin solicitar atenuaciones del castigo ni tratamientos especiales, pero completamente involucrados en ayudar para que todos pudieran progresar.

Empresa familiar en Siberia

Rodia y Sonia dejaron pasar dos semanas y luego escribieron para contar a sus queridos Dunia, Rasumikhine, Alexa y los pequeños, que se habían casado y que habían tomado en arriendo una casa con tres habitaciones para recibirlos cuando quisieran venir.

Rasumikhine y Dunia, decidieron ir ambos con los niños, para mirar, discutir, llegar a un acuerdo y regresarse ellos dos con el fin de dar los pasos definitivos para realizar la parte legal de la extensión de su empresa editorial en Siberia y luego cerrar la vivienda en Petersburgo y trasladarse a vivir como familia cerca de Rodia y Sonia. Mientras tanto, dejarían los niños en Siberia al cuidado de Sonia.

Dos años después, la empresa funcionaba en una casa vecina de la que ocupaba la familia. Rodia compartía un día de cada mes con ellos. El tiempo pasaba veloz y la vida en el presidio iba dando un aspecto de ánimo y fe en el futuro. Hasta la comida había mejorado notablemente gracias al cuidado y sazón que quienes se encargaban de prepararla, iban aprendiendo.

Esta historia está llegando a su fin, aunque todavía quedan cuatro años de prisión para Rodia, pero serán cuatro años importantes para continuar el proyecto de mejorar la vida de los forzados, por el camino de buscar las motivaciones necesarias en los propios corazones de todos los involucrados.

Fin de la obra

"CASTIGO DE UN CRIMEN"